

Cátedra abierta Bogotá en localidades

Pasado, presente y futuro de la localidad de Usme



MARÍA FERNANDA CAMPO

Presidenta Ejecutiva

SAÚL PINEDA HOYOS

Vicepresidente de Gestión Cívica y Social

MARÍA EUGENIA AVENDAÑO MENDOZA

Vicepresidenta de Apoyo Empresarial

Centro Hábitat Urbano

ANA MARÍA HENAO GONZÁLEZ

Directora 2006

GLORIA HENAO GONZÁLEZ

Directora 2005

Diseño y diagramación

María Cristina Garzón P.



El Centro Hábitat Urbano de la Cámara de Comercio de Bogotá, ha llevado a cabo en los últimos años diferentes iniciativas tendientes a fortalecer los procesos de producción de conocimiento sobre Bogotá, D.C., y a su vez, posibilitado la divulgación y apropiación del mismo a los ciudadanos.

El Centro Hábitat Urbano es un proyecto pedagógico y de investigación interdisciplinario que vincula a estudiantes de diferentes universidades al desarrollo de investigaciones en la escala local sobre temas urbanos prioritarios en áreas estratégicas de Bogotá. Adicionalmente lidera y coordina actividades pedagógicas como las Cátedras Bogotá que actualmente tienen vida propia en importantes universidades de la ciudad; la Cátedra Abierta Bogotá que se realiza en asocio con el Comité Cívico, el cual promueve un espacio de participación y discusión sobre temas de ciudad y los Encuentros Urbanos que a través de recorridos temáticos y dirigidos por expertos acercan a los habitantes de la ciudad a la experiencia urbana.

Conscientes de que el conocimiento de nuestro entorno es el primer paso para la apropiación e identidad con el mismo y del proceso de descentralización que adelanta la ciudad desde hace varios años, se propone en el marco de la Cátedra Abierta Bogotá un acercamiento a las localidades, y es así como nace "La Cátedra Abierta en Localidades de Bogotá", un espacio de conocimiento y discusión sobre los temas de interés para las localidades desde diferentes perspectivas, con el fin de crear pertenencia, apropiación e

identidad urbana. En el segundo semestre del 2005 se desarrolló la Cátedra Abierta en Localidades, en la localidad de Usme con el apoyo de Alcaldía Local y la Universidad Pedagógica Nacional.

Es satisfactorio para el Centro Hábitat Urbano de la Cámara de Comercio de Bogotá publicar el libro: Pasado, Presente y Futuro de la Localidad de Usme, que permite ilustrar un recorrido por la historia, sus tradiciones, su imaginario urbano y su gente; posteriormente abordar la problemática actual desde los aspectos sociales, económicos, ambientales y urbanísticos y adicionalmente analizar las proyecciones y potenciales, así como también los proyectos vigentes y las propuestas futuras.

Los artículos que hacen parte de esta publicación son: "Usme: Urbanización y cambios en la vida urbana" por el economista e historiador urbano Fabio Zambrano Pantoja; "Usme: Retos y oportunidades" por el arquitecto Ignacio Gallo Peña y "Planeación distrital a la cabeza del más ambiciosos plan del sur de Bogotá" por el arquitecto Camilo Santamaría Gamboa.

De manera especial agradezco la colaboración de los autores, porque gracias a su aporte investigativo, han hecho posible esta publicación.

MARÍA FERNANDA CAMPO

Presidenta Ejecutiva
Cámara de Comercio de Bogotá



Los conceptos que se expresan en los artículos que hacen parte de esta publicación son de responsabilidad exclusiva de sus autores. En ningún caso reflejan la posición del Centro Hábitat de la Cámara de Comercio de Bogotá.

Contenido



Usme: urbanización y cambios en la vida urbana¹

Fabio zambrano pantoja
Agosto de 2005

I. Usme: oferta ambiental y urbanización

Introducción

Cada sociedad va estableciendo distintas formas originales de organización del territorio, en un ejercicio de creatividad espacial que aparece en la distribución de las gentes, de las infraestructuras, de los lugares de producción y de los flujos de todo tipo. Así, el espacio es un producto social, es una obra humana y representa un modo de existencia de las sociedades y como resultado de la elaboración humana, el espacio es producido y organizado en un movimiento constante de transformación, de manera similar a la evolución de la sociedad que ocupa ese espacio. Este proceso social de generar una organización específica del espacio no se encuentra en autonomía de las condiciones sociales y económicas, como tampoco se encuentra independiente del medio. En razón de ello, la construcción social del espacio. Porque crear un espacio social implica conceder lugares específicos para los diferentes grupos sociales, con fines de residencia, de prestigio y de utilización².

Concebir el espacio como un recipiente de fuerzas sociales exige el análisis de los actores, es decir, los consumidores y productores del mismo. Todos ellos, el Estado, las comunidades, los grupos sociales, los individuos, actúan en un sistema complejo de interacciones en diferentes escalas, como la local, la nacional y la internacional. Los distintos actores son portadores de intereses divergentes, que se manifiestan en el espacio bajo la forma de

tensiones y competencias por su uso. Las distintas fuerzas van construyendo diversos sistemas que se entrecruzan y se superponen y desde el poder se van construyendo las jerarquías de los sistemas, es decir, las formas y las estructuras que ordenan el espacio de las sociedades. Además, el espacio es memoria, y por tanto, es necesario explicar cómo ha surgido, estructurado y reestructurado un espacio determinado, así como es importante definir cómo se han establecido las lógicas de inclusión y exclusión, tanto social como territorial.

A. Presentación de la localidad de Usme

La localidad de Usme, como unidad político-administrativa, comprende el espacio biofísico que se demarcó en el acuerdo 8/77 del Distrito; sin embargo, los linderos de la localidad sólo hasta marzo de 1997 se hicieron efectivos. El acuerdo describió la delimitación así (artículo 2, numeral 5):

"Partiendo de la intersección del perímetro urbano en el eje de la antigua carretera de oriente y siguiendo la línea del antiguo límite de Usme, hasta su intersección con el perímetro de Bogotá y siguiendo este perímetro hacia el sur, hasta la piedra de San David; desde este punto y siguiendo el límite de las veredas Pasquilla y Mochuelo hasta encontrar el río Tunjuelo [sic] en el límite del perímetro urbano y siguiendo este hasta encontrar los cerros de la Guacamaya, por éstos hasta el perímetro urbano y por éste

1. Este trabajo se elaboró con base en una investigación sobre la historia del agua en la localidad de Usme, realizada en la Fundación Humedales, contratada por la Empresa de Acueducto de Bogotá. En este estudio se contó con la asistencia investigativa de Saydi Núñez, Manuel Jaramillo y Wilson Rueda.
2. BERNARD Bret, (1985). "Reflexiones sobre la creatividad espacial en América Latina", Cahiers des Ameriques Latines, N° 4. París IHEAL, p. 81.



hasta encontrar el antiguo límite de Usme en su intersección con el eje de la antigua carretera de oriente, punto de partida".

Así, dentro de este espacio, Usme posee una superficie global, cercana a los 228,82 km², donde la ocupación humana, para finales del siglo pasado, alcanza un 38% del total, presentando el suelo urbano un área de 11,3 km². Sin embargo, en esta pequeña área, 3% del área total, vivía para 1997 casi el 99% de los 350.000 habitantes que tenía la localidad, siendo para el Distrito una de las áreas que presenta mayor concentración de personas por áreas, con cifras alrededor de 309 hab/ha (Alcaldía Mayor de Santafé de Bogotá, 1997).

La localidad de Usme, sólo alcanzó autonomía municipal, en un período corto, entre 1911, cuando se creó el municipio, y 1954, cuando es asumida por la administración de la capital, como una de sus localidades periféricas cuando se creó el Distrito Especial de Bogotá, en parte como una geoestrategia para tener control sobre estas tierras, por varias razones: una, la presencia militar de un área que ha sido

geoestratégica para diferentes grupos armados, y la otra, la misma esponja hídrica que representa el páramo y su fortaleza para suplir el servicio hídrico que requiere la ciudad. Aún así en un plano del Distrito Capital esta franja alargada es desconocida para sus habitantes y se pierde por difusa como parte de la territorialidad del Distrito Capital.

Hasta 1996, y de acuerdo con Planeación Distrital, la localidad estaba constituida por 18 veredas, algunas de las cuales presentaba ya una intensa dinámica de urbanización, y 136 barrios, de los cuales el 70% correspondía a ocupaciones ilegales. Planeación ha presentado una propuesta de sectorización barrial y veredal de acuerdo con la proximidad y de las problemáticas comunes que les conciernen a los barrios contiguos, la cual se presenta en el cuadro 1.1; en éste, además, se distinguen los barrios que hicieron parte de los lugares en donde se realizaron talleres o que son constantemente referidos en los testimonios de las personas entrevistadas en las distintas actividades.

Cuadro 1.1. Localidad 5 de Usme, relación barrial en 1996

Sector	Barrios - Veredas
Sector I	La Fiscala, Alaska, Porvenir I, Porvenir, Duitama, El Nevado, Santa Marta, Barranquillita, El Recuerdo, San Juan de Usme, El Pedregal, Las Viviendas, El Rubí, El Danubio Azul, Las Ceibas, Voz de Alerta.
Sector II	San Andrés de los Altos, Cartagenita, Aurora I, Aurora II, La Fortaleza, El Jordán, Tequendama, Regadera, Casa Rey, San Luis, San Juan Bautista, Vianey, El Cortijo, Miravalle, Marichuela, Tenerife II, Granada, C. Quintas del Plan Social, Valle de Cafam.
Sector III	Salazar Salazar, Brasilia, La Peña, Santa Librada, Olivares, Los Tejares, Almirante Padilla, Granjas de San Pedro, Villa Nelly, Betania, La Cabaña, Rincón de la Andréa, Gran Yomasa, Compostela I, Compostela II, Compostela III, El Curubo, La Sureña.
Sector IV	Sierra Morena, Alfonso López, El Paraíso, El Progreso, Villa Hermosa, Nuevo Portal de Oriente, Puerta al Llano, Nuevo Porvenir, Casaloma, San Felipe, Altos de los Pinos, El Bosque, La Reforma, Buenos Aires, Chapinerito, La Alborada, La Orquídea, Los Sao.
Sector V	Líbano I, Líbano II, Virrey, Chuniza, Serranías, La Esmeralda, Lorenzo Alcantuz, Villa Alemania II, El Pino, San Miguel, Villa Israel, El Espino, Villa Alemania, El Bosque, El Limonar, El Mortiño, Antonio José de Sucre III, Villa Anita, El Rubí II.
Sector VI (6 veredas)	Tiguaneque, Los Soches, Uval, La Requilina, Brazuelos, El Corinto, Agualinda o Chiguaza, El Destino, Olarte, Arrayanes, Curubital, El Hato, Las Mercedes, Los Andes, La Unión, Margaritas, Chizacá, Pasquilla, Pasquillita.
Sector VII	La Esperanza, Doña Lilibiana, San Pedro, Las Violetas, La Alemana, San Germán, Flora, Villa Diana, El Porvenir, Juan José Rondón, El Bosque, Arrayanes, Villa Rosita, Costa Rica.



B. Una apretujada urbanización: de la hacienda a la ciudad en obra gris

El paisaje dominante en la historia colonial y en parte de la republicana, descontando los procesos acelerados de mediados del siglo XX hasta el presente, ha sido el paisaje rural frente al paisaje urbano en esta localidad. La configuración de Usme como poblado de carácter rural se remonta al siglo XVIII, cuando la población de San Pedro de Usme, fundada hacia 1650, es erigida como parroquia después de la primera década del siglo XVIII³.

En estos paisajes rurales, resalta a la vista la figura de la hacienda, estructura dominante del siglo XIX y principios del XX del sistema productivo agrícola. La hacienda emerge, entonces, como parte de la decadencia de la actividad encomendera, y como una "nueva estructura de dominio republicano", parte también de la incorporación de tierras realengas, o terrenos baldíos que tenían el carácter de tierras de la Corona, y de los cuales Usme contaba con una alta proporción por la relativa "aridez e inaccesibilidad" de su terreno, además de una muy buena proporción de tierras paramunas.

Por otra parte, la existencia de la proximidad a la capital, revitalizaban el papel de la hacienda como productora de servicios alimenticios a la ciudad, especialmente carnes, leche y papa. En los testimonios, aún salen a flote los recuerdos que permanecen en la memoria de sus habitantes sobre las viejas haciendas de la región y de la cual accedieron a un pequeño lote, tal como lo refiere, don Emiliano, recordando de dónde salió su barrio Sucre:

"... esto era hermosísimo, porque ha sido una zona que ha dado muchos frutos en cuestión de por ejemplo, la riqueza que tiene el cultivo de la papa, el cultivo de ganado... e... la crianza de ganado digo. Cuando esa época existía la hacienda del

Hato, que era la distribuidora, tenía mucha fama porque se decía que era la distribuidora para Bogotá, distribuía la papa, la leche, la carne...". Testimonio oral, 2002.

Esta hacienda, por ejemplo, está ampliamente reseñada desde mediados del siglo XIX, como propiedad de una comunidad religiosa, y en gran parte el mercado de la papa, estaba condicionado por la producción de la hacienda del Hato. Así mismo, esta hacienda es homologable a la situación de haciendas como el Soche o el Chocho, también presentes en la zona, en dirección a la vertiente occidental.

La dinámica impuesta en el territorio por la existencia de esta forma de propiedad agraria, marca procesos de una alta oferta demográfica, al propiciar asiento a varias oleadas de campesinos que a ellas llegaban en las primeras décadas del siglo XX, y sobre éstos, gente y tierra, se mantenía el reducto de poder local, de líderes políticos que tenían su morada en la ciudad.

Es sólo hasta mediados del siglo XX que el sistema de la hacienda empieza a decaer, descomposición atribuida por varias razones: por una parte, debido a la alta demanda de tierras de nuevos inmigrantes que contraponían el sistema minifundista al de la gran hacienda y, por otra, la agudización del conflicto armado como la incipiente urbanización de la capital que jalonaba su crecimiento desplazando su frontera agrícola.

Aún así, en el presente, entre las herencias que quedan del pasado, la memoria del campesino, del paisaje agrícola, se niega a desaparecer, y es común encontrar entre lo tradicional y lo "moderno" adaptado al lugar, al campesino allí en el pueblito de Usme. Parte de sus gentes y aún sus costumbres, formas de vida y cosmovisiones mantienen la herencia del pasado que niega a extinguirse con la rápida urbanización.

3. Véanse: PIÑA Angel Miguel y LEMUS Pilar (1997). Usme: medio ambiente y hábitat. Bogotá.



Este cambio drástico del paisaje, en los procesos de larga duración, de territorios rurales a territorios urbanos, está ligado a distintos eventos que marcaron el cambio. Por ejemplo, a manera de la política, la nueva visión traída por la misión urbanística liderada por Lauchlin Currie, como parte de la organización de la ciudad, definió a Usme como la zona 5, como un espacio inherente al área de la capital, en parte previendo una geoestrategia de control de estos terrenos, que en el papel, permitían asegurar un área territorialmente, al pertenecer al Distrito, como una amplia zona productora de agua para una población en crecimiento.

La descomunal inmigración que se acelera después de los años sesenta, empieza a registrar algunos testimonios de habitantes que llegaron a la capital, desterrados de sus lugares de origen. Son los inmigrantes campesinos, protagonistas en la construcción de un modelo de poblamiento no conocido por muchos y que sólo las condiciones del entorno, propiciaron una adecuación a su supervivencia y a prolongar la construcción de una cuna para sus nuevas generaciones.

Empezando por ocupar una zona, acoplada a sus condiciones, ante la gran demanda de vivienda para los novatos habitantes de Bogotá, yendo a engrosar y expandir los cinturones de miseria a través de las invasiones periódicas y en la constitución posterior de los asentamientos subnormales que dieron paso a la lucha comunal incansable, de acceder a los servicios básicos para mejorar con el tiempo su calidad de vida.

Vale anotar, que ante la estrechez del espacio en otras localidades aledañas como Tunjuelito, Rafael Uribe Uribe, San Cristóbal, se incrementó la tendencia del poblamiento de Usme. Así, a partir de los años sesenta, los procesos de poblamiento se han incrementado de manera interrumpida; diversos tipos de asentamiento en el que los procesos de parcelación y posterior arrendamiento o venta de lotes de vetustas



Paisaje rural típico de Usme
(Fotografía: Camilo Santamaría)

de forma diseminada y simultánea, y multiplicando los núcleos de asentamiento humano. La construcción de unidades habitacionales, la emergencia de barrios relativamente aislados, están desordenados desde el punto de vista de planificación urbana, pero coherentes como formas de adaptación a las condiciones socio-económicas de sus pobladores y a las condiciones del entorno geográfico.

Así, se pueden reconocer dos tipos de poblamiento: uno efectuado a partir del proceso de oferta de terrenos por parte de las antiguas haciendas que desde la fragmentación de la hacienda, impulsó el poblamiento, siendo determinante el proceso de valorización progresivo de aquellas propiedades en la medida que se extiende la frontera urbana y la poca rentabilidad que presenta los predios rurales, y que puede apreciarse, en algunos sectores de la carretera vía a Usme, en sectores como Santa Librada o Gran Yomasa, por ejemplo; y el otro, aquel poblamiento que resulta de la proximidad de las áreas habitacionales a áreas de actividades económicas, que ofrecen trabajo a pobladores del área, y que inciden a patrones como realizar o mantener la vivienda cerca del trabajo, cerca de minas, canteras, como se da, por ejemplo, en barrios como El Danubio Azul o La Fiscala, que parte de su asentamiento rodean los centros de explotación de materiales arcillosos y las canteras abundantes en estas áreas.

En síntesis, es posible reconocer en la localidad quinta, que la mayor parte de los asentamientos han aparecido en forma espontánea, sin desconocer los movimientos propios de cada barrio o unidad residencial que aceleraron el poblamiento; muchos de ellos no controlados por el Estado y sin planificación y reglamentación. Parecería que algunos no hicieron parte de la red urbana, ya que se muestran como núcleos aislados como El Bosque, y un poco Juan José Rondón. Sólo con la consecución de proyectos colectivos, emanados desde las comunidades y en los que tiene un papel

fundamental la adquisición de los servicios básicos buscando mejorar la calidad de vida, entre ellos el agua, la luz, el teléfono, gas, entre otros, se va definiendo posteriormente la red urbana y el entramado de pertenecer a la ciudad.

De acuerdo con los datos suministrados por Planeación Distrital, de la fecha de legalización de barrios subnormales de la localidad de Usme, se pueden apreciar distintas etapas en el proceso de poblamiento y de consecución de la legalidad del asentamiento, tal como se describe en el cuadro 1.2.

Cuadro 1.2. Desarrollos legales de asentamientos urbanos en Usme para 1997

Década de legalización	Asentamiento	Area total (has)	Total de lotes	Población estimada (1997)	Densidad de viviendas
Década del 60	Santa Martha	9,06	562	3.035	62,03
	Santa Martha II	1,14	83	448	72,81
	Tenerife	13,8	494	2.668	35,90
Década del 70	El Cortijo	5,29	317	1.712	59,94
	San Jacinto	-	-	-	-
	San Luis	3,44	-	-	-
	Vianey	2,46	132	713	53,65
Década del 80	Alaska	5,19	326	1.760	62,81
	Almirante Padilla	7,55	656	1.382	33,90
	Benjamín Uribe	0,72	64	346	88,9
	Betania	9,18	357	1.928	38,9
	Betania II	3,77	171	923	45,35
	Casa Rey	3,17	215	1.161	67,82
	El Porvenir	1,76	89	481	50,57
	El Recuerdo Sur	0,77	58	313	75,32
	Gran Yomasa I	13,9	827	4.466	49,08
	La Fiscala.				
	Los Tres Laureles	0,44	43	232	97,73
	La Fiscala.				
	(sector Daza)	0,49	18	97	36,73
	La Regadera Sur	5,67	389	2.101	68,61
	Las Gjas de S.				
	Pedro (Sta. Lib.)	1,75	97	524	55,43
	Las Violetas	70,4	248	1.339	33,51
Las Viviendas	1,09	104	562	95,41	
Lorenzo Alcantuz (I sector)	3,85	270	1.458	70,3	
San Juan Bautista	2,56	185	999	72,26	
San Juan (I sector)	0,82	51	275	62,20	



	San Juan (II y III sector) Sta. Librada.	0,62	15	81	24,2
	San Bernardino Sta. Librada.	0,29	18	97	62,07
	San Francisco Santa Librada	0,65	30	162	46,15
	Santa Librada. Santa Librada.	15,9	200	1.080	12,54
	Los Tejares Sta. Librada.	4,86	223	1.204	45,88
	(sector La Peña)	3,82	182	983	47,64
	Usminia 6,06	272	1.469	44,88	
Década del 90	Antonio José de Sucre I y II	15,8	105	5.692	66,54
	Barranquillita	-	-	-	-
	Danubio Azul	31,6	2.541	13.721	80,53
	Duitama 1,27	74	-	58,03	
	El Jordán	-	-	-	-
	El Refugio - Sector Sta. Libr.	-	-	-	-
	El Rubí - II Sector	-	-	-	-
	Fiscalá sector centro 11,8	176	950	14,87	
	La Fiscalá - sector Rodríguez	2,34	112	605	47,86
	La Regadera km. 11 0,87	38	205	43,68	
	Lorenzo Alcantuz- II sector 2,94	230	1.242	78,23	
	Los Tejares Sur- II sector	-	-	-	-
	Marichuela - III sector Cafam	-	-	-	-
	Monteblanco	-	-	-	-
	Olivares 2,65	221	-	83,23	
	Sta. librada - La Esperanza	-	-	-	-
	Sta. Librada - La Sureña	4,93	273	1.474	54,37
	Sta. Librada. Salazar Salazar	-	-	-	-
	Santa Marta. II sector -	-	-	-	-
	Villa Alejandría	-	-	-	-

Fuente: Departamento Administrativo de Planeación Distrital. 1997.



C. Reconocimiento de la plataforma biofísica de Usme y sus áreas visitadas

Usme, desde una mirada biofísica, no es la misma de lo que sería sin el ser humano hace unos quince mil años. La actual Usme contiene en cada uno de sus cimientos, la huella histórica de multitud de generaciones y que se refleja en los paisajes hoy construidos, los palpables, los que permiten que los actuales hombres sobre ellas se asienten, es un Usme construido, intervenido, en cada una de sus laderas y sus aguas. La localidad de Usme, contiene parte de los cerros surorientales, que a gran escala sería uno de los bordes del altiplano cundiboyacense y de la sabana bogotana, y que a escala micro, constituye un área circundada por montañas y colinas que culminan en su mayor altura en el páramo de Sumapaz.

Usme se encuentra sobre la formación geológica que lleva su nombre, que de acuerdo con Ingeominas, se caracteriza por presentar tres grandes conjuntos rocosos, en los que predomina en su parte inferior un conjunto de areniscas y areniscas guijarrosas (areniscas de la formación regadera), un conjunto medio que contiene arcillas esquistasas y en la parte superior una capa de areniscas con intercalaciones de areniscas y arcillas, en partes con incrustaciones de carbón.

Cerro Juan Rey. Canteras del parque minero de Usme
(Fotografía: Camilo Santamaría)



Como se puede apreciar con esta corta descripción geomorfológica, Usme se encuentra asentada en rocas sedimentarias, donde predominan, como parte de los componentes de los suelos y de la roca madre, las arenas y arcillas, las cuales han sido desde varias décadas atrás la base productiva para algunos grupos, para extraer el material de la construcción, sustento de miles de kilómetros de pavimento, avenidas y edificaciones modernas que mantiene Bogotá, dejando al contrario, en sus lugares de origen los rastros y huellas vivientes de destrucción en las canteras, gravilleras, areneras, ladrilleras, que hacen parte del paisaje suburbano del área.

Destrucción, porque este proceso de extracción minera ha contribuido a acelerar los procesos erosivos, con la pérdida casi total del suelo, pérdida de la cobertura vegetal original y el carcavamiento acelerado que facilitan los movimientos en masa, e incrementan el riesgo natural en la zona con eventos como deslizamientos, derrumbes o represamientos de las quebradas o ríos durante las temporadas de lluvias. Vale anotar, siguiendo a Ingeominas, que el área presenta uno de los cuatro bloques tectónicos, que circundan la ciudad, conocidos como el central hundido o Sinclinal de Usme - Tunjuelito, entre la falla de Bogotá, al oriente y la falla inversa del Mochuelo, al occidente.

En general, los fuertes procesos de intervención con la apropiación, poblamiento y urbanización de Usme, cambiaron las formaciones superficiales de rocas y suelos como la vegetación original, representada en pequeños relictos hacia los cerros más orientales, y en forma de parches, con especies exóticas de pinos y eucaliptos, así como la presencia del material arcilloso y arenoso expuesto en la superficie en relieve con pendientes superiores a los 30°, que al estar en un área altamente reseca, y con la presencia temporal de fuertes aguaceros, facilita la remoción del material e incrementa el grado de riesgo en el área.

De acuerdo, con los testimonios recogidos, especialmente en los sectores más sur-orientales, como en Juan José Rondón, es frecuente durante la temporada de lluvias, la presencia de eventos como deslizamientos, derrumbes o represamientos hacia los bordes de las quebradas, como Arrayanales, por lo cual gran parte de estas áreas han sido declaradas como zonas de alto riesgo.

Así mismo, en la mayor parte de los barrios en donde se recogió información oral, el asentamiento se hallaba sobre las colinas alargadas con fuertes pendientes, y con la presencia incipiente o nula de la infraestructura de servicios básicos, hasta ahora en ejecución, como el alcantarillado o los desagües de vías; éstos se vierten en las precarias vías facilitando la erosión de material y dispersando la contaminación en los barrios.

En cuanto al clima presente en la región, es etéreo dada las microcondiciones de los lugares; mientras existen barrios sobre laderas expuestos a las corrientes de vientos frías provenientes de los cerros, otros sectores ubicados en las depresiones intercolinas, se hacen más secos.

Por lo general, en las áreas de mayor cercanía a los cerros orientales, como los barrios como Juan José Rondón, San Pedro o La Flora, la humedad atmosférica es alta, con una fuerte nubosidad durante el año, a su vez son muy bajas las temperaturas y en las temporadas de lluvias suelen propiciarse aguaceros fuertes o lluvias constantes durante varias horas, siendo así reconocida el área por la gente como el "el páramo".

Frente a parámetros como la temperatura y la precipitación en el área de Usme, son variables, mientras que en la temperatura promedio se encuentran grandes diferencias, por ejemplo, hacia el borde más suroriental en barrios como Juan José Rondón, El Bosque, Violetas, sus mismos habitantes la reconocen como el

páramo con temperaturas que de acuerdo con la CAR oscilan entre los 7° C y 14° C, al contrario, las áreas más occidentales, expuestas a mayores corrientes de viento y a mayor radiación durante el día, como Nuevo San Luis o El Progreso, las temperaturas suelen incrementarse, estando por lo general por encima de los 12° C; por otro lado, la precipitación en el área también es disímil, los mayores regímenes de precipitación se presentan hacia los terrenos ubicados en los bordes de los cerros orientales de Bogotá, mientras que en las demás zonas tiende a disminuir, sin descartar que cuando se presentan los fuertes aguaceros, el impacto es grande por la precariedad del sistema de vías, del estado de las viviendas o de las mismas condiciones del relieve altamente deteriorado, que facilitan el arrastre de material, siendo la erosión pluvial muy intensa.

Asímismo, la presencia de un clima seco predominante, hace que los terrenos sean especialmente vulnerables a los procesos de erosión hídrica superficial, por escurrimiento difuso, intenso y concentrado. De la misma forma, los altos índices de ocupación urbanística y los problemas de deforestación, explotación de canteras y de material para construcción, convierten estos sectores en áreas de alto riesgo.

En términos hídricos, Usme cuenta con el 10% de las corrientes de agua que posee actualmente la ciudad; además, es el corredor directo que conecta al Distrito Capital con la potencialidad que representa el área del páramo de Sumapaz. Entre estas corrientes, la cuenca del río Tunjuelo es la de mayor amplitud con cerca de 41.944 has, vital para el mantenimiento de los sistemas de La Regadera y Chisacá, que se nutren de las aguas del río.

En relación con la hidrografía de la localidad, a Usme la bañan los ríos El Lechoso o Mugroso, Curubital, Chisacá, Santa Rosa, Destino, Soate, La Taza, Aguadulce, Yomasa, Olla del Ramo, entre otros. Además, posee lagunas de origen





La Regadera
(Fotografía: Camilo Santamaría)

glaciar, entre ellas, la laguna de Los Tunjos, La Guitarra y cuerpos hídricos artificiales como el embalse de Chisacá y la represa de la Regadera, entre otras; ésta última es reconocida como parte de la infraestructura con la que cuenta la ciudad para proporcionar el servicio de agua a la ciudad.

La hidrografía reconocida por las comunidades entrevistadas indican que el principal cuerpo de agua es el río Tunjuelo, al cual desembocan una serie de quebradas de órdenes primario y secundario, que presentan un alto deterioro, tanto en la composición de sus aguas como en la misma intervención que ha sufrido la cuenca.

Entre las principales quebradas mencionadas se hacía referencia de la quebrada Yomasa por pobladores de los barrios Juan José Rondón, San Pedro, Violetas, El Bosque y algunos sectores del barrio Alfonso López; las quebradas Santa Librada en Alfonso López y Bolonia por pobladores del barrio que lleva este mismo nombre.

Así mismo, los habitantes reconocen, en los testimonios recogidos, que sus terrenos han sido territorios de agua, porque el agua abundaba, cuando llegaron a poblar el barrio; agua que, posteriormente, ha ido disminuyendo, tanto por la llegada acelerada de más habitantes como por el deterioro que han sufrido los cuerpos de aguas presentes en el área.

Así, en cualquier lugar donde se rompía para construir, brotaba agua, un alto potencial de aguas subterráneas especialmente en los barrios de Juan José Rondón, La Fiscala y en las zonas rurales de las veredas Yomasa, Los Soches y El Uval, brota en gran cantidad y constituyó la principal despensa del líquido para los pobladores originales de los barrios; a medida que el crecimiento poblacional, junto a la construcción de vivienda y de la precaria infraestructura establecida, se incrementan las aguas contaminantes que deterioran estos cuerpos de agua; a su vez, los pocos aljibes que existen, hacen parte de las áreas de conflicto de los habitantes, que se los disputan por tener el acceso y control a éstos.

Entre los principales problemas reconocidos por la comunidad, se encuentra la invasión de rondas y quebradas, por la alta presión de la urbanización subnormal, haciéndose de una manera antitécnica y, generalmente, en áreas con un alto grado de amenaza por la presencia de movimientos en masa o por ser áreas naturales de desborde del río, tal como sucede en el río Tunjuelo, las quebradas Olla del Ramo, Arrayanales y la de Yomasa, entre otras.

Actualmente, la ausencia de un alcantarillado técnicamente construido, es sustituido por la forma tradicional como se ha concebido los cuerpos de agua que atraviesan los barrios, en donde prima la visión que los habitantes de estos barrios tienen de los cuerpos de agua, como si estuvieran diseñados naturalmente para el transporte de desechos, siendo la quebrada o el río el sitio ideal para botar las basuras o para dirigir los desagües de aguas negras o desechos industriales que se producen en la localidad. A manera de ejemplo, podría citarse el caso de la quebrada Bolonia que, de acuerdo con Planeación Distrital, en cerca de 1.540 metros de recorrido por esta localidad, es afectada por una fuerte contaminación con la presencia de basuras y la ausencia de sistemas adecuados de evacuación de aguas negras; o también la quebrada Yomasa que, en su parte

alta aporta el agua potable a barrios como Juan José Rondón, El Bosque, La Flora, Tiguaque, entre otros, y que al pasar por cada tramo urbano lo que recibe es un acumulado de fuentes contaminantes, desde las mismas aguas negras de cada uno de los barrios por donde atraviesa, como los desechos industriales de cada una de las actividades económicas que en el área se realizan, por ejemplo, los residuos de las curtiembres de Monte Blanco y San Benito, o los residuos de mataderos como Cofrisur, cooperativa frigorífica, ubicada desde antaño en la vereda El Uval, en medio del barrio Puerta al Llano, entre otras. Pero es contradictorio, pese a los alarmantes niveles de contaminación el grado de conciencia en las comunidades es muy bajo, y se da como un hecho natural el estado de contaminación de los cuerpos de agua, sin generarse una actitud de defensa de estos recursos naturales.

D. Una urbanización tardía y conflictiva

Para comprender mejor el proceso de urbanización en Usme y las transformaciones que se suceden con la introducción del servicio domiciliario del agua, es conveniente conocer el contexto en que se sucede la urbanización de Bogotá en el último medio siglo, en razón de que este crecimiento acelerado va a convertirse en el escenario que permite entender la singularidad del caso de Usme, donde la urbanización va asumir formas no institucionales, sin presencia del Estado, razón por la cual la construcción de ciudad tiene que ser asumida por los pobladores de los barrios no formales. Son ellos quienes tienen que asumir la construcción de la red social, condición inicial para poder resolver los requerimientos esenciales del hábitat urbano, como son los servicios básicos.

1. Metropolización y crecimiento acelerado de Bogotá.

A partir del 1º de enero de 1955, la capital cambió su estatus jurídico de municipio por el de



Invasión de rondas por vivienda
(Fotografía: Camilo Santamaría)

Distrito Especial. La transformación de la metrópoli se cumplió en esa época con la anexión de los municipios vecinos de Bosa, Usme, Fontibón, Engativá, Suba y Usaquén. Esta búsqueda de la independencia administrativa de la ciudad frente al departamento de Cundinamarca, no evitó que las decisiones políticas fuesen supeditadas a la racionalidad planeadora. La dictadura militar de Rojas Pinilla continuó interviniendo en la ciudad de manera unilateral, contraviniendo las recomendaciones del plan piloto. La construcción de la autopista del norte, así como la del sur, las obras del CAN, y el proyecto e inicio del aeropuerto de El Dorado, rompen con la idea del plan de controlar el crecimiento al occidente, y con ello la forma de la ciudad comenzó a cambiar aceleradamente. Al concluir la dictadura, un nuevo equipo de profesionales entró a participar en la administración de la ciudad. Conocedores de las técnicas modernas de la planeación, como Jorge Gaitán y Virgilio Barco, alcaldes en los años sesenta, buscaron conciliar la planeación con la intervención estatal. Sin embargo, la migración a la ciudad rápidamente dejó atrás cualquier intento de regulación y de un poco más de medio millón de habitantes en 1951 se llegó a 2.700.000 en 1973. Este crecimiento acelerado de la población acarreó una urbanización descontrolada, donde el barrio marginal accedía a su normalización urbanística gracias a la intermediación de los políticos. Esta urbanización acelerada, que ocasionó el mayor negocio de tierras y el origen de grandes

fortunas en la ciudad, demandó la construcción de una gigantesca infraestructura de servicios públicos. Luego, con el propósito de satisfacer la demanda por vivienda, con un adecuado sistema financiero, en 1972 se creó la UPAC, cuya aplicación significó un cambio radical en la historia de la ciudad. De nuevo, el orden soñado por los urbanistas se estrellaba con los intereses especulativos y financieros que impusieron sus intereses por encima de la racionalidad planificadora.

Al mismo tiempo, el dinamismo demográfico de la ciudad estuvo acompañado de un avance en la prestación de sus servicios públicos, dinamismo que también se expresó en la modernización vial y en la renovación arquitectónica. En la década del cincuenta, esto se reforzó extendiéndose a diversos frentes. De este decenio en adelante la ciudad vivió el comienzo de un desarrollo explosivo. Si en 1950 se calculaba que la ciudad llegaría a su millón y medio de habitantes en el año 2000, en realidad esta cifra la alcanzó sólo seis años después. Los demógrafos calculaban que el 15 de enero de 1956 entraba o nacía en Bogotá el ciudadano número un millón. El auge demográfico significó la presencia de varias tendencias modernizantes. Para entonces, el automóvil ocupaba ya el lugar central en la ciudad y desde 1952 se había suprimido el tranvía. Comenzaba una era que la ciudad y sus gentes debían adaptarse a ella, hasta el punto de ser calificada por la prensa como la era de la "fiebre de las avenidas". El desarrollo vial se hizo presente introduciendo cánones norteamericanos. La construcción de la avenida Caracas desde la década del cuarenta y de la carrera décima en los años cincuenta, son dos proyectos viales que afectaron a la ciudad y se constituyeron en nuevos ejes de la malla urbana. El afán modernizante pasó por encima de las reliquias de la antigua Santa Fe, y joyas coloniales como Santa Inés y La Casona se demolieron para permitir la ampliación hacia el sur de la carrera décima. Se concebía que la modernización de la ciudad consistiera en su acondicionamiento al automóvil. Claro ejemplo

de ello fue la mutilación que sufrió el espacio público cuando, para construir la calle 26, se mutiló el parque del Centenario.

El fenómeno más notorio de este período, lo constituye el crecimiento demográfico. En efecto, el aumento de la natalidad y la reducción de la mortalidad, es decir, el crecimiento vegetativo, continuaron en la década del cuarenta y coincidió con la guerra civil no declarada que se inició entre 1944 y 1946 y concluyó en 1964. Este enfrentamiento desató una nueva avalancha migratoria hacia varias ciudades, de las cuales Bogotá estaba en mejores condiciones para recibir estas oleadas de emigrantes. Las proporciones de la ciudad cambiaron desde entonces de manera dramática, puesto que la ciudad se extendió por buena parte de la sabana y creó exigencias inmensas en todos los servicios públicos, en proporciones descomunales. De los 500.000 habitantes que tenía en 1946, pasó a un millón en 1956, a dos millones en 1966, a tres millones en 1974 y a más de cinco millones en 1993. Esta desproporción demográfica sobrepasó las capacidades de manejo de lo urbano y presentó retos ineludibles. Cabe destacar que el patrón de urbanización seguido por Colombia se apartó de lo que prevaleció en América Latina, donde el crecimiento de una sola ciudad ha sido la norma, mientras que en nuestro país la tendencia fue a la urbanización de varias ciudades. Si embargo, entre 1951 y 1973 el aumento absoluto de la población de Bogotá fue superior al totalizado por las otras tres ciudades que le seguían en tamaño, y por ello la distancia demográfica de la capital y de las otras ciudades se fue acentuando: Bogotá multiplicó por cuatro su población, Medellín por 3,2 veces y Cali y Barranquilla por tres, mientras que el índice del país apenas se duplicaba. Se hacía evidente que la capital se encontraba mejor capacitada para recibir emigrantes que en el resto de las ciudades colombianas.

Este comportamiento demográfico ha estado acompañado de otros fenómenos. La reducción



de las tasas de fecundidad y mortalidad ocasionó modificaciones en la distribución por sexos, efecto conocido como transición demográfica. Así mismo, se ha presentado una creciente participación de la mujer en las actividades productivas y en la demanda laboral, con notorio impacto en la estructura laboral. El efecto en las estructuras de edades es notorio, resultado del profundo cambio sucedido en la curva de mortalidad desde la década del sesenta, en buena parte debido a la aplicación del control de la natalidad. Esta transformación tornó la mayoría de la población de adulta a joven en la década de los sesenta. Hay que tener presente que entre los censos de 1938 y 1951, la tasa general de mortalidad descendió un 70% en Bogotá y la de mortalidad infantil un 80%, con el correspondiente impacto en la esperanza de vida al nacer, indicador que ganó trece años entre 1951 y 1981, aunque cálculos más optimistas ubican en dieciocho años este aumento, indicadores que son superiores en tres años a los de la media nacional.

La ciudad no pudo satisfacer este crecimiento poblacional con una adecuada oferta de vivienda. La autoconstrucción se impuso, método con el cual buena parte de la ciudad fue construida por el esfuerzo directo de los emigrantes, a pesar de los grandes esfuerzos que el Estado emprendió para ofrecer vivienda en mejores condiciones que las urbanizaciones "piratas". El acceso a la tierra estuvo ausente de invasión, en razón de la escasa tierra que tenía el Estado en la ciudad, puesto que la que poseía la había vendido en el siglo XIX. Por ello se calcula que únicamente en 14 barrios el acceso a la tierra fue por invasión, de 32 intentos. En buena parte, a causa de esta condición, la urbanización masiva que presenta Bogotá se realizó bajo la modalidad de los barrios informales, o "piratas", denominación originada en el hecho de carecer de la legalidad requerida. Esta urbanización la hacía un "empresario de tierras", quien compraba una hacienda y la parcelaba, para venderla por lotes, cuyas dimensiones normales no pasaban de 6 metros de frente por 12 de fondo,

los cuales eran comprados, a plazos, por estos emigrantes, quienes normalmente habían llegado a vivir en pequeñas piezas, y luego de haber acumulado algunos ahorros, emprendían la etapa de acceder a una casa propia. Más de la mitad de la vivienda construida durante este período se levantó bajo esta modalidad, lo cual produjo cerca del 40% del área construida. Paradójicamente, esta urbanización se realizó en el momento de mayor auge de la planeación.

Es interesante destacar que en las zonas donde existía esta urbanización, como era el sur de Bogotá, predominó el barrio como la unidad urbana por excelencia; mientras que en el resto de la ciudad, el barrio comienza a dejar de ser importante, y aparecen las unidades residenciales articuladas alrededor de ejes comerciales, como Chapinero y Sears, por ejemplo. Otro caso es el de Ciudad Kennedy, programa de vivienda apoyado por el gobierno norteamericano como parte de la campaña de la Alianza para el Progreso, y orientado a satisfacer la demanda por vivienda de los emigrantes. Este plan utilizó los campos de aviación que el aeropuerto de Techo dejó vacío al ser sustituido por El dorado. Ubicado en el extremo occidental de la ciudad, exigió la construcción de redes de servicios públicos que valorizaron las tierras que se encontraban entre Bogotá y este distante sector, lo cual generó una fuerte tendencia de urbanización hacia esa parte. El 17 de diciembre de 1961, el presidente Kennedy se hizo presente para entregar la primera vivienda del programa de Ciudad Techo, como inicialmente se llamaba.

El período se caracteriza por una fuerte paradoja que nos muestra cómo, mientras el Estado hacía sus mayores esfuerzos por pensar en la ciudad, ésta había encontrado una modalidad práctica de resolver la escasez de vivienda, como era la de la autoconstrucción informal. Al margen de las normas y sin cumplir con las exigencias de cesión de espacio público, de tamaño de las calles, sin mobiliario urbano ni espacio para servicios educativos, y lo más importante, sin servicios públicos, estos barrios tuvieron que



recurrir a los intermediarios políticos para acceder a la presencia del Estado, en un claro proceso de privatización de la acción urbanizadora. La lucha de los pobladores se centró en el acceso al servicio de acueducto, luego del transporte, la energía y después los demás servicios. El avance en el cubrimiento de los servicios era grande, si se tiene en cuenta el déficit que había. Mientras que en los años veinte y treinta, entre un 20% y un 30% de la vivienda tenía acceso a luz y agua, para 1951 el censo muestra un panorama diferente, pues el 50% de la población bogotana cuenta con el servicio de energía eléctrica. El acueducto logró una mejoría sustancial con la puesta en servicio en 1958 del acueducto de Tibitó.

Todo ello muestra cómo la ciudad fluctuaba entre el establecimiento de una fuerte política de intervención y la delegación absoluta al sector privado de la gestión urbana. Así, mientras que en 1951, mediante el decreto 185, se oficializa el Plan Regulador que proponía delimitar la ciudad por el occidente en la carrera 30, al finalizar la década el mismo Estado iniciaba la construcción de Ciudad Techo, en el extremo occidental de los límites distritales, luego de varios años de estar actuando en contra de lo propuesto por el Plan Regulador. De manera simultánea, el decreto legislativo 3640 de 1954, orgánico del Distrito Especial de Bogotá, significó para la ciudad el inicio de su independencia administrativa. En este sentido, y como resultado de las nuevas exigencias, por medio del acuerdo 53 de 1956, se reorganizó la Oficina del Plan Regulador, la cual recibió el nombre de Oficina de Planeación Distrital de Bogotá, y se le encomendó la planificación del desarrollo de la ciudad, realizar la coordinación con entidades similares departamentales y nacionales, coordinar los programas de inversión del Distrito, establecer normas para regular la expansión de las áreas residencial, comercial e industrial y elaborar la legislación necesaria para reglamentar la parcelación de tierras y la construcción de edificios.

Con la conclusión de la dictadura en 1957, un nuevo grupo de profesionales entró a participar en la administración distrital. Desde entonces y hasta 1966, la figura de Jorge Gaitán Cortés, primero como concejal y luego como alcalde entre 1961 y 1966, se erigió como la del planificador por excelencia, y en estos años se logró mantener una continuidad tanto en la planeación como en la instrumentación. En efecto, el Plan fue entendido como una herramienta capaz de ser acondicionada a las variaciones del entorno urbano y debido a ello los esfuerzos se concentraron en convertir a los postulados en programas concretos para facilitar la acción administrativa.

La preocupación más recurrente fue la de institucionalizar los procesos derivados de la toma de decisiones en materia de planificación física, y en razón de ello se hizo énfasis en la necesidad de poblar las zonas vacías y configurar una urbanización homogénea. En este sentido, se aprobó en 1961 el Plan Vial Piloto, con el objetivo de fomentar la progresiva compactación de la capital mediante la delimitación de un sistema combinado de cuadrícula ortogonal con anillos periféricos. Resultante de esto surgen las avenidas 68 y Boyacá, la avenida longitudinal de carácter regional para tráfico pesado, combinaban con los ejes radiales: carrera séptima, la calle 80, calle 26 y la avenida de las Américas, y con ello se formó el sistema vial radial anillar de la ciudad que aseguraba la comunicación tanto en el sentido sur-norte, como oriente-occidente. A partir de este proyecto, las vías pasaron a ser programas reales dotados de presupuesto, especificaciones, etc. De esta manera, en estos años se logró un significativo avance en el desarrollo urbano formal, puesto que se retomó la práctica planificadora que había sido desechada durante la dictadura; además, se logró un plan completo para la ciudad, a partir del cual se definieron una serie de mecanismos de acción que comenzaron a ejecutarse con prontitud. Sin embargo, no hay que olvidar que la ciudad estaba padeciendo sus más altos índices de crecimiento y la urbani-



zación informal era responsable de buena parte de la expansión urbanística.

Durante la alcaldía de Virgilio Barco, 1966-1969, se continuó con el impulso planificador que se traía, y hubo una gran continuidad en las obras iniciadas en la anterior administración, y se agregó la dimensión del desarrollo económico y social. Barco propuso la integración de los elementos básicos de la ciudad, como son: los atributos (vivienda, espacio público, equipamientos, transporte), las dimensiones (social, económica, cultural, ambiental) y las instancias reguladoras. Entre las preocupaciones fundamentales de esta administración figuran la planificación, la renovación urbana, la construcción de varios parques metropolitanos, la provisión de servicios públicos, la integración vial, la construcción de viviendas, además de la reorganización administrativa, la terminación de las obras inconclusas, la ampliación del acueducto y el plan maestro de alcantarillado. La visita del Papa en 1968 fue un compromiso que aceleró la ejecución de numerosas obras para preparar a la ciudad a este evento.

Es importante resaltar el cambio de enfoques que se estaba presentando a finales de la década del sesenta en lo referente a la construcción del proyecto de ciudad, en razón de la inclusión de la variable económica en el desarrollo urbano. La influencia del economista norteamericano Lauchlin Currie fue definitiva para el desarrollo de Bogotá. La ciudad es vista como un problema nacional y de allí se deriva la necesidad de que el Estado debe entrar a resolverlo, en razón de ser la ciudad más importante del país. Currie y Barco formaron un equipo de donde salieron varias estrategias definitivas en el proceso de urbanización que vivió la capital y el país en las décadas siguientes.

Al iniciarse la industrialización de la posguerra, el potencial industrial de Medellín sobrepasaba al de Bogotá; pero desde 1950 en adelante, en la capital se dejó sentir la ventaja de controlar un mayor mercado interno, condición que le

permitió un mayor crecimiento de su industria y por ello se puede afirmar que el despegue económico de Bogotá se presentó tardíamente, respecto incluso a otras ciudades colombianas, y las décadas de los años cincuenta y sesenta muestra esto. Los cambios institucionales, como la creación del Distrito Especial, así como la aplicación de la planeación económica a escala nacional, beneficiaron este crecimiento. Además, la modernización de la agricultura regional, jalonada por el crecimiento urbano de la ciudad, permitió que Bogotá fuese el centro de una de las regiones agrícolas del país. La industrialización comenzó por la vía de la sustitución de importaciones y luego dio paso a las ramas productoras de bienes intermedios y de capital, así como el fortalecimiento del sector de servicios, con lo cual la ciudad aseguró una estructura productiva bastante diversificada, característica que le ha permitido salir mejor librada que otras ciudades en los momentos de crisis.

Este proceso se presenta de manera simultánea al surgimiento de una paradoja: la del desfase entre la concentración demográfica y la concentración industrial en Bogotá. Es notorio que la segunda ocurrió antes de los años sesenta, cuando la primacía de Bogotá aún no era perceptible, pero posteriormente, la importancia de Bogotá en la industria nacional se estabilizó, mostrando un ligero crecimiento, mientras que la mayoría de los indicadores demográficos y económicos (no industriales) revelaban un centralismo bogotano cada vez más notorio. Así, la industria se concentró en Bogotá antes que la población, lo cual explica que se haya constituido en un elemento atractivo para las migraciones que arribaron a la ciudad.

En las décadas del cincuenta y sesenta, la ciudad vivió un profundo cambio social que silenciosamente transformó, de manera radical, el paisaje social urbano que mostraba la capital. En efecto, la modernización de la infraestructura de servicios públicos permitió el creciente



acceso a éstos de la mayoría de la población y generó una serie de cambios en la cultura material en el interior de los hogares. Éste es el caso de los cambios que origina la ampliación del servicio domiciliario de agua en los barrios marginales, que reduce los tiempos dedicados a la consecución del líquido en pilas públicas y que permite un sustancial progreso de las condiciones de vida al mejorar la higiene en el hogar. Así mismo, el progresivo avance del servicio de la energía eléctrica permitió el cambio de las estufas de leña y de carbón, que imperaron en Bogotá hasta los años cincuenta en los barrios marginales, por la preparación de alimentos con energía eléctrica y gas. La reducción del tiempo dedicado a los oficios domésticos ocasionó profundas transformaciones en los hogares, pues liberó a la familia, dándole mayor tiempo para dedicarlo al ocio, a la educación y al trabajo fuera de casa.

De manera simultánea, la ciudad comenzó a demandar mano de obra más capacitada para la expansión industrial y la modernización del sector servicios. Esta situación provocó el acceso de la mujer al mercado laboral, así como a la educación superior y con ello empezó a cambiar las relaciones familiares. De esta manera, la ciudad comenzó a presenciar una mayor participación de la mujer en las actividades laborales, industriales y de servicios, con notorio cambio con relación al paisaje social que mostraba la ciudad décadas antes. En efecto, hasta las primeras décadas del siglo XX, la alta participación de la mujer en el mundo del trabajo estaba limitada a actividades de baja productividad, como planchadoras, sombrereras, aguateras y servicio doméstico. Ahora, la calificación educativa de la mujer le permitía adquirir una mayor posibilidad de participar en todos los órdenes de la vida urbana. Por supuesto que uno de los efectos de este nuevo panorama fue la reducción del tamaño de la familia. Estos cambios materiales y laborales estuvieron acompañados de profundas transformaciones en el orden de la cultura. La radio se popularizó, así como luego la televisión,

además de otros adelantos en la comunicación, que fueron transformando las relaciones entre los habitantes y su percepción del mundo fue cambiando. Igualmente fue sensible el ascenso y consolidación de la clase media, con toda su lógica secuela de nuevos usos y costumbres. Cabe mencionar la mayor presencia de la juventud en todos los campos de la vida social.

La consolidación económica y demográfica de Bogotá tiene una relación directa con el mejoramiento de los medios de transporte, lo cual le permitió consolidar el control de la región económica más grande del país, la que presenta una amplia urbanización y la que disfruta de la mejor y más variada oferta ambiental territorial. Debido a ello, Bogotá ha dispuesto de un territorio de donde se ha proveído de grandes contingentes de emigrantes, lo cual ha sido definitivo para contar con mano de obra barata, así como de compradores de las haciendas que se lotearon como barrios marginales. Igualmente, este mercado regional constituye una salida para las industrias de bienes de consumo, y los servicios de la metrópoli, como los bancarios, educativos, salud, educación superior, comunicaciones y comercio mayorista. El crecimiento de esta región se logró a causa de la consolidación del sistema férreo, que en 1961 llegó a su ápice con la inauguración del ferrocarril del Atlántico, que conectó a Bogotá con Santa Marta, y al sustancial mejoramiento del transporte aéreo con la puesta en funcionamiento en 1958 del aeropuerto de El dorado. Gracias, entre otras, a estas mejoras, Bogotá pasó a controlar la región más rica del país.

La consolidación de Bogotá de manera efectiva como capital nacional, en los órdenes económicos, demográficos, culturales y políticos, demandó la intervención cada vez mayor de la planeación macroeconómica originada en el Estado central. El Plan de Desarrollo Nacional de las Cuatro Estrategias, elaborado a comienzos de los años setenta por Lauchlin Currie, diseñó una serie de intervenciones en la economía para incentivar la urbanización de las ciudades, así



como la escogencia de la construcción como motor de la generación de empleo y, por tanto dinamizadora de la economía. Como resultado de esta estrategia nació en 1972 la unidad de poder adquisitivo constante, UPAC, sistema de financiación de vivienda que transformó de manera radical el proceso de urbanización de las ciudades colombianas. Así mismo, a comienzos de esta década se realizaron varios estudios donde se trazaron estrategias para Bogotá, que quedaron consignadas en el estudio "Ciudades dentro de la ciudad" y en el estudio de "Desarrollo urbano de Bogotá, fase II", de 1972. Con estos elementos, la ciudad inició una etapa de consolidación urbana que le ha permitido afrontar los retos de fin de siglo en mejores condiciones que las otras grandes ciudades colombianas, como la mayor inserción de los pobladores marginales a la ciudad formal, una mejor prestación de servicios domiciliarios, mayor cubrimiento de servicios educativos y hospitalarios, mayor participación ciudadana en los asuntos públicos y la economía más sólida del país.

Debido a grandes cambios que realiza el Estado en las políticas urbanas, la propiedad territorial urbana presenta profundas modificaciones durante este período, en razón del apareamiento de nuevos agentes que en ella intervienen, condiciones que provocan transformaciones profundas en la estructura socioespacial de Bogotá. Los cambios en la concepción de la política urbana estatal son notorios, puesto que se presenta un abandono de las políticas que hasta los años sesenta habían imperado, como era la edificación de vivienda como lucha contra el déficit habitacional, mientras que ahora el Estado se concentra en escoger el sector de la construcción como el motor de la economía, y para ello diseña una estrategia financiera a través de la UPAC, creada en 1972. Este sistema de financiamiento de la vivienda canaliza el gigantesco ahorro captado por medio de las corporaciones de ahorro y vivienda, CAV, recursos que son facilitados bajo la modalidad

de préstamos hipotecarios a largo plazo a quienes necesitaban de crédito para la adquisición de vivienda nueva.

Con esta política se resolvió el problema de la oferta de vivienda para estratos medios y altos, sectores sociales que comenzaron a recibir una sobreoferta de vivienda construida preferentemente en el norte de la ciudad y en segunda instancia en el occidente. Sin embargo, a pesar del volumen de los recursos dirigidos a financiar esta nueva oferta de vivienda, desde un comienzo se nota que no satisfacía las necesidades de las familias de menores ingresos. Por ello, la autoconstrucción continuó, de la misma manera como este sistema había sido el único camino que los emigrantes habían tenido para resolver sus necesidades de hábitat. Así, en los años de mayor auge de la construcción bajo la modalidad del UPAC, entre 1973 y 1985, la autoconstrucción fue la responsable de la producción del 33,75% del total de la vivienda producida por la ciudad. Esta urbanización se realizó sin presencia del Estado, con precarias condiciones sociales y altos índices de violencia, sin servicios públicos, situación que obligaba a sus habitantes a recurrir a la intermediación de algunos políticos que intercambiaban votos por el acceso a los servicios domiciliarios. Esta forma perversa de construir la ciudad comenzó a cambiar desde fines de los años ochenta, en razón de la escasez y el precio creciente de los terrenos, aunado a algunas políticas del Estado que comenzó a regular estas urbanizaciones, así como al desarrollo de un mayor nivel de organización comunitaria.

Todos estos esfuerzos no lograron reducir el déficit de vivienda que ha aquejado a la ciudad de manera notoria desde el siglo XIX. Si bien este déficit cuantitativo, resultante de comparar el número de hogares con el número de viviendas existentes en la ciudad, ha venido descendiendo, la cantidad de viviendas que él representa no ha dejado de aumentar. Así, si el déficit era del 37,8% en 1951, había descendido a un 31,8% en 1973 y a un 27,1% en 1985. No



obstante, este déficit estaba representado por un faltante de 138 mil viviendas en 1973, cifra que se incrementó a 247 mil en 1985. Por supuesto que esto no significa que en la década del noventa estos indicadores vayan a mejorar, y esto es lo que explica que más de la mitad de los nuevos habitantes que se agregan a la población bogotana, se inserten en la ciudad por la vía de la autoconstrucción informal, o barrios llamados "piratas".

2. La urbanización reciente de Usme: a la sombra de la marginalidad

Se ha señalado que desde las décadas del cincuenta y sesenta la ciudad vivió un gran cambio social que silenciosamente transformó, de manera radical, el paisaje social urbano que mostraba la capital, y que no sólo se limitó al aspecto del crecimiento urbano, sino que también implicó una amplia serie de cambios cualitativos.

El barrio de La Fiscala es uno de los que se pobló más tempranamente. Al comenzar la década del cincuenta, este espacio era una finca, y precisamente en 1952 es cuando se comienza a parcelar. Las primeras familias arriban en 1959, siendo emigrantes del altiplano y luego algunos bogotanos comienzan a poblar estos lotes que se estaban urbanizando, trepándose por los cerros orientales. Este hábitat inicial es bastante precario, pues desde un principio la ausencia del Estado es la norma general. El agua se saca de los aljibes, la cocción de los alimentos se hace con leña y la iluminación con velas. Fue necesario que transcurrieran dos décadas para que el barrio lograra su legalización, es decir, su inserción formal en la ciudad. Esta condición jurídica, condición indispensable para recibir cualquier intervención estatal, fue el resultado de un constante batallar de la comunidad a través de distintos tipos de organizaciones. En efecto, en 1965 se había constituido la junta de acción comunal, y pocos años después llegan

los primeros servicios con la energía eléctrica en 1967 y las pilas de agua en 1968, debido a conexiones ilegales. Con la legalización, el barrio pudo tener acceso a las redes del acueducto, y gracias al trabajo comunitario ya se contaba con el alcantarillado. Para lograr estos avances en el mejoramiento de las condiciones de vida, debió transcurrir 40 años para que esta comunidad barrial lograra un equipamiento urbano aceptable; pues sólo hasta 1982, llega la primera ruta de transporte y hasta 1990, el servicio telefónico. Paradójicamente, al completar el equipamiento urbano, los pobladores se encuentran frente a nuevas realidades: el desempleo.

La legalización del barrio, requisito formal de gran importancia, no deja de tener un sabor agríndice para los pobladores. Como lo señala un testimonio de un poblador del barrio La Fiscala:

"Respecto al agua, durante toda la historia del barrio hemos convivido, con sectores ya legalizados, con casas y nuevos barrios sin legalización de sus servicios de acueducto y alcantarillado. Hoy en día los que tienen el servicio legalizado pueden presionar al que lo tiene piratado, porque sienten que están pagando cada mes —pues quíeránlo o no, les llega la factura sin falta— lo que el otro está consumiendo de manera irregular. Puede que éste sea visto como si estuviera de gorra en el barrio, aunque realmente no lo esté. Por otro lado, se ha dado el caso de personas que luego de normalizado y legalizado su servicio de acueducto domiciliario, consideran que las facturas no corresponden a lo que han consumido y marcado los medidores; no las pagan, hasta el punto que les cortan el agua y pierden su medidor porque los funcionarios de la empresa retiran con su propia mano el medidor de la acometida. Son personas que vuelven al servicio pirata porque les sale más barato, así no sea el más seguro"⁴.

4. Testimonio del barrio La Fiscala.



Así, si bien la legalidad es una búsqueda constante, y a ello se orientan buena parte los esfuerzos de las organizaciones comunitarias, no deja de presentar ventajas relativas la lógica del funcionamiento pirata, pues la informalidad tiene la exigencia de la organización comunitaria para la prestación, bastante precaria de algunos servicios, como es el caso del abastecimiento de agua, pero no tiene la exigencia del pago mensual de la factura por el consumo. Este reclamo se deja sentir con el tema de la construcción del alcantarillado, que fue una obra comunitaria, y que al momento de prestarse el servicio de acueducto, se cobra el otro servicio.

"Es que no es difícil de entender las razones que tiene la gente para sacar el agua de los tubos madre cuando la misma empresa de acueducto le ha cobrado a los habitantes el trabajo hecho por la comunidad. Así fue cuando dieron el visto bueno por el sistema de acueducto de aguas negras construido con los recursos y las manos de los vecinos del barrio. La legalización del servicio de alcantarillado significó para la gente pagar otra vez por el sistema que ellos mismos habían hecho. Las empresas a veces se encargan, así, de crear la desconfianza que hacia ellas expresa la comunidad. Muchos de los servicios que se supone permiten la legalización de los barrios, han sido conseguidos por los mismos habitantes, y eso no lo reconocen las empresas"⁵.

La contraposición de dos lógicas se deja sentir cuando se enfrentan la experiencia de haber construido una red de solidaridad social para poder levantar el barrio, con la llegada de la legalización y la formalización de los servicios públicos. Las cuatro décadas de lucha por obtener los servicios, que exigió un gran esfuerzo colectivo, es visto como un capital social que cuenta en el momento de la inserción en la formalidad urbana.

"No puede ser que las empresas de servicios consideren que el barrio se formaliza y arranca de cero en el momento en que se incorpora a las redes legales de servicios, pagando por su conexión, sin tener en cuenta los esfuerzos de los habitantes por levantarlo y mantenerlo durante años. Eso no quiere decir que no sea buena y lógica la instalación domiciliar de agua potable y de los demás servicios por la vía formal, de hecho eso permite que la gente cree nuevas formas de conciencia y de convivencia. Cambia la conciencia cuando el ahorro en el gasto de agua empuja a los vecinos a recoger el agua lluvia para su uso doméstico"⁶.

Bastante diferente es el caso del barrio Los Comuneros. Su origen marca una diferencia total con el caso anterior, puesto que su urbanización se inicia con la presencia del sacerdote Saturnino Sepúlveda, de amplia trayectoria en la organización de las gentes sin techo. En 1981, este sacerdote, caracterizado por su radicalidad política, inicia la convocatoria de gentes interesadas en acceder a vivienda propia, y da comienzo a la organización con una capacitación en liderazgo comunal cooperativo, constituyéndose la Empresa Comunitaria Los Comuneros. Esta organización es la que permite consolidar una capacitación en derechos civiles y en los trámites con el Estado, y con estas bases los pobladores asociados se lanzan a comprar un lote, el cual fue urbanizado con el apoyo profesional de ingenieros y arquitectos, facilitados por el padre Saturnino. El primer servicio que se establece es el del agua, y al igual que la mayoría de estos barrios, el aprovisionamiento se logra perforando el tubo madre que viene de la represa de La Regadera, que transporta agua sin tratar en dirección a la planta de Vitelma, con lo cual abastecen una pila comunitaria. Ahora, en el momento de realizar este trabajo, todo está a punto de cambiar, en razón de la conexión definitiva a la prestación del servicio de acueducto desde la planta de El Dorado, próxima a entrar en servicio.

5. Ibidem.

6. Ibidem.





La Regadera
(Fotografía: Camilo Santamaría)

El origen del barrio Sucre también muestra sus diferencias. Se inicia en 1985, bajo la influencia de un movimiento político que imparte capacitación para la autoconstrucción. El acceso al servicio del agua convoca a la gente a organizarse en acción comunitaria. Ésta es básica para que la gente se reúna a trabajar los sábados y domingos en las labores comunitarias. Si bien, las gentes compraron su lote, pagándolo a cuotas, parte de la finca es invadida, con lo cual se da inicio a una urbanización pirata, fuente de diversos conflictos.

La cercanía al tubo madre les permite tender una verdadera "araña con mangueras", y se establece en cada cuadra una pileta, servicio que no deja de convertirse en fuente de conflictos por la densidad del poblamiento que hace rebasar la escasa oferta de agua. De nuevo, el peregrinaje por la legalización del barrio se convierte en una experiencia contradictoria. Este trámite les hace ver que el acueducto que habían construido no cumplía las mínimas condiciones técnicas para su operación.

"Para el proceso de legalización del servicio, la Empresa (de Acueducto) vino con sus funcionarios e hicieron reuniones donde nos explicaron y nos concientizaron [sic] de hacer las cosas legalmente, porque así como estaba, rústico y caprichoso, y a pesar de suplir nuestras necesidades, no era seguro"⁷.

Además, con la legalización del barrio, con la cual adquieren el acceso a servicios públicos, se diluye la organización social, la cual había nacido para solucionar, precariamente, la ausencia de estos servicios. Se gana en calidad de vida pero se pierde en capital social.

"Eso nos tiene jodidos. Cuando al principio se manifestó la necesidad, todos nos unimos y se lograron cosas"⁸.

En años recientes, 1987, los potreros fueron sustituidos por un barrio, el Nuevo Porvenir en la comuna Alfonso López. Por fuera del perímetro de prestación de servicios, urbanizado bajo la modalidad ilegal, pirata, presenta un cuadro común a este tipo de apropiación de la tierra: una vez vendidos los lotes, el urbanizador desaparece, y es la comunidad la que se tiene que organizar, e iniciar la autoconstrucción de los servicios. Esto se inicia con la perforación del tubo madre y la construcción de un alcantarillado. "La comunidad fue la que urbanizó realmente esto y lo llevó adelante".

Igual que en los otros casos, antes que la construcción de las casas, se construye primero el tejido social, y acá se inicia con la junta de acción comunal, organización que logra el acceso al servicio telefónico y de agua potable, y que ha sido fundamental para intermediar con los distintos funcionarios estatales. Acá se nota una mayor presencia del Estado, en comparación con los otros casos ya vistos. Sin embargo, los habitantes del Nuevo Porvenir perciben esto como si fuera gestión de personas y no de la acción estatal.

"Para eso han sido muy importantes las gestiones de algunos ediles y alcaldes que prestaban la maquinaria, la retroexcavadora. Apoyados por ellos, hemos logrado la recebada de las calles"⁹.

El acceso al servicio del agua fue el resultado de constantes luchas y movilizaciones, como la que sucedió en 1997, que estuvo acompañada del

7. Testimonio del barrio Sucre.
8. Ibidem.
9. Testimonio de Leonor Perdomo, barrio Nuevo Porvenir.



bloqueo de las calles. Desde la experiencia de los habitantes de esta comuna, la construcción de la planta de El Dorado es el resultado de las exigencias de los pobladores de Usme. Para ellos, el consumo de aguas sin tratar estaba generando enfermedades gastrointestinales y parasitismo, pues "hay muchas enfermedades a raíz de esa agua sin tratar"¹⁰. Para ellos es evidente que los barrios con mejores y más sólidas organizaciones son los que han conseguido mejores negociaciones con la Empresa de Acueducto.

Este mejoramiento del servicio del agua dejó sin sentido la organización fundada para el mantenimiento de las mangueras, y ahora se encuentran frente a una nueva lucha, como es la de no pagar por la instalación de la red, y lograr que la conexión se realice bajo la modalidad de gestión comunitaria.

El poblamiento del barrio Juan José Rondón se mantiene en la línea que han mostrado los otros barrios. El testimonio de Primitivo Numpaque nos muestra el caso de un emigrante boyacense, quien llega a la capital a comienzos de la década del cincuenta y vive pagando arriendo cerca de treinta años, hasta encuentra la posibilidad de comprar un lote para construir una casa. Esta oportunidad se da cuando escucha los programas que adelanta el sacerdote Saturnino Sepúlveda en los altos de Juan Rey. Allí encuentra un potrero con siete casas, a donde llega, luego de pagar su lote a plazos, en 1984. Para este poblador, lo que hace el sacerdote no deja de ser similar a cualquier urbanizador pirata, a pesar de que les instruye en cursos de principios de política radical. Mientras tanto, el acceso al agua se debe a los pozos que encuentran en los potreros adyacentes.

"Nos ha tocado sufrir mucho con la ausencia de agua, en invierno y en verano. Cuando estamos en invierno el clima nos tapa las mangueras, y en verano porque se escasea mucho".

Para solucionar, en parte, estas dificultades, la junta de acción comunal organiza las mangueras, al tiempo que emprende el trabajo de buscar la legalización del barrio: titular, escriturar y superar la piratería, es una prioridad para esta organización, en razón de que es esta condición jurídica la que le puede permitir el acceso a la presencia estatal. Pero esto no es tan fácil, y es por ello que en 1998 tienen que recurrir a un nacedero de agua, de donde se deriva la red de mangueras. Es, entonces, cuando se establece la función del fontanero, personaje que se vuelve de gran importancia en estos barrios. Es él quien se encarga de mantener las mangueras y vigilar que el abastecimiento del agua, a pesar de su precariedad, sea suficiente para la satisfacción de las necesidades elementales de estas comunidades.

"Durante mucho tiempo tuvimos que bregar con el problema del agua, inicialmente había unos aljibes y de ahí tomábamos el agua. Ahora, a partir de la constitución de la junta, empezamos a pedir permiso a La Alemana, a Bavaria para traer desde arriba el agua, desde la cordillera, casi cerquita del nacimiento.

"Agua pura, porque de allí todavía es limpia, hasta el día de hoy ha resultado mejor que la de acá. Menos contaminada. Entonces tuvimos que colocar las mangueras y traer el agua, hacer unos tanques para que se pudiera distribuir el agua con mangueras. Con la colaboración de la comunidad y de algunas personas que han dado donaciones, se logró comprar las mangueras que fueron instaladas en 1998.

"Posteriormente, la comunidad organizada nombró unos fontaneros -pero hace poco-, como desde 1998 y poco a poco ha venido para la distribución del agua, y la traída desde allá porque eso siempre se sufre, la comunidad nombró los fontaneros y ahora por intermedio de ellos hay que pagar algo, algo que cuesta. Un fontanero recibe \$ 2.000 por casa mensuales, pero la verdad es que hay gente que no los paga. Eso da como pena"¹¹.

10. Ibidem.

11. Testimonio de Primitivo Numpaque, barrio Juan José Rondón.

La proximidad de la entrada en servicio de la nueva red de acueducto es vista como el gran momento en que el barrio va a cambiar radicalmente. Se espera como causal de transformación y de avance, como lo fue la construcción de la escuela, la iglesia y el parque.

"Yo creo que las obras que se están ejecutando en el barrio van a cambiar notablemente su imagen, porque para el 2003 ya vamos a contar con el acueducto. Ya se ven las obras, la maquinaria, los obreros, todo. Y la vida será otra cuando logremos por lo menos el servicio de acueducto.

"El problema de las mangueras se acaba, se mejoran las calles porque las aguas negras serán canalizadas debidamente y los problemas con la gente ya no van a existir, cada uno tendrá su servicio. Yo pienso que son logros y adelantos de este barrio, de estos barrios, de esta zona.

"Ahora podemos decir que estamos casi a la par con los otros sectores San Pedro, Villa Rosita, Villa Diana y más adelante también se mejorará Arrayanes, pues hay mucha gente trabajando en eso. Aunque cuando empezamos las gestiones para conseguir los servicios, yo veía que la gente era más unida, habíamos menos pueblo, pero la presión era más por los barrios, por lo que nos reuníamos en los catorce barrios"¹².

Para una habitante del barrio como la señora Carmenza Guzmán, el consumo del agua sin tratar ha sido la causa de las pésimas condiciones de salud, y foco de enfermedades como los hongos, diarrea, que aquejan a los niños, pues la mayoría de la gente consume el agua sin hervir. Si en un principio, cuando había pocas casas, el agua que se recogía de los potreros era suficiente, pero el crecimiento de la urbanización ha generado la escasez y los esfuerzos del fontanero son superados por la creciente demanda. "Entre más gente, menos agua".

Los efectos de esta precariedad en el acceso al servicio del agua se dejan sentir en las dificultades que esta ausencia genera en la vida hogareña. En este barrio sólo hasta 1990 se puede construir un sanitario, lo cual es posible cuando llega el agua a las casas. Antes, el agua se recogía "con una manguera que se colocaba desde arriba en unos pocitos de agua, para comer y para el baño". Por consiguiente, lo que predomina mientras tanto son los pozos sépticos, pues no hay alcantarillado, condición que obliga a que se construyan zanjas profundas que cortan las calles, contaminando a todos los habitantes. Por consiguiente, la proximidad de la construcción de las redes de acueducto y de alcantarillado es vista como el gran cambio.

"Yo sí creo que el hecho de colocar todos los servicios implica volverse modernos. Ya nos vamos a modernizar...".

Este cambio, para las mujeres, significa dejar atrás las enfermedades como las gastrointestinales, puesto que la diarrea, causada por el consumo de aguas contaminadas, es lo que más aqueja a estos pobladores. En estas condiciones de servicio, el fontanero adquiere una importancia similar a la que tuvo en toda Bogotá en el siglo XIX, pues de él depende el acceso al servicio. Su función de manutención del abastecimiento del agua lo convierte en un personaje de gran significado social.

"Pero el significado de un fontanero es mucho, es un oficio primordial para subsistir, sin agua no existiría nadie y por cualquier parte brota agua, pero acá, hoy en día está muy contaminada, por ejemplo la quebrada, donde anteriormente se podía tomar agua cristalina, ahora es imposible; esto se ha poblado mucho y la gente no ayuda a cuidar ni a limpiar el agua.

"A mí me estiman mucho aquí, por lo menos cualquier persona me estima por el asunto del agua, bueno yo soy un tipo que a las cuatro de la mañana me encuentro ya limpiando el tanque arriba

12. Ibidem.



en La Alemana, cerrándolo, abriéndolo, poniéndolo a llenar, y dándome cuenta si está llegando agua o no; si no está llegando, entonces me toca ir para arriba a las 5:30 de la mañana para destaparla arriba, y cuando hay mucho verano, muchas veces toca a las doce del día, taponar la manguera para poner a llenar el otro tanque¹³.

Cabe destacar que esta función es ganada personalmente, pues, a diferencia de los fontaneros de antaño que dependían del municipio, acá es un oficio que surge de la necesidad, sin ninguna regulación estatal. Son los vecinos que pagan una cuota.

"Para mí, la hora más importante en este oficio es a las siete de la mañana, porque a las siete voy a echarle el agua a todo el mundo, me toca darme cuenta de las mangueras, sacarles el aire y que cada casa coja su agua. Lo único es que yo no le arreglo manguera por el camino a nadie, eso sí no; el día que me llegue al tanque y le ayudo con el mayor gusto, que la sonda, que un caucho, que para amarrarla y eso sí, pero yo no me voy a poner a escarbar la manguera a cambiarla, eso no. Después de eso descanso, porque de 7 a 8:30 a.m. los tanques están desocupados, entonces voy a llenarlos de nuevo.

"Yo me siento feliz, así me moje o haga frío, pero la costumbre de trabajar, de hacer cosas me revitaliza. Imagínese que yo tengo 70 años y no me importa subir a las cinco de la mañana al tanque, me le pongo a cualquiera, eso sí.

"En este oficio cada casa paga mensualmente un promedio de \$ 2.000 a \$ 2.500, pero hay muchos que no pagan el ciento por ciento, pero no se le puede quitar el agua porque como viene por una sola manguera, entonces el que paga, está dándole el agua a los otros. El pago es voluntario, pero imagínese usted que muchas veces en el mes me gano entre \$

20.000 y \$ 30.000 y ¿qué es eso? No se justifica. Pero es que aquí la junta no colabora, debería ser la junta quien llamara a la gente y pedirle que pague¹⁴.

La ausencia del servicio es vista como una gran carencia en la vida de la comunidad, y la consecución del servicio una prioridad para la misma; es así como cuando aparece la intervención estatal, la respuesta comunitaria es totalmente positiva, como se puede observar en el siguiente testimonio.

"En Juan José Rondón se ha sufrido mucho por el agua, se han realizado actividades, festivales, talleres, de todo. Por ejemplo, contamos en noviembre con el Festival del Agua, donde se hacen bazares, espectáculos y presentaciones, se come gallina y se toma cervecita, eso con el fin de recoger fondos para el acueducto, pero ya llevamos varios años en eso y nada. También hemos asistido a talleres, a los cuales nos mandó el acueducto; y nos llevaron a conocer la planta de El Dorado, para informarnos que así quedaría la planta de Altos de Yomasa, o sea, la de nosotros; fuimos allá como 38 personas e hicimos los cursos de los muiscas y aprendimos muchas cosas, sobre el tratamiento del agua¹⁵.

En el barrio La Reforma, urbanizado por Alfredo Guerrero, "persona muy caritativa con las personas más necesitadas", según un poblador de este barrio, la legalización del mismo se logró en 1998, y con ello llega la energía eléctrica, el teléfono y el gas. El acueducto requiere de un proceso de trabajo por gestión comunitaria, por medio de talleres de capacitación. Las redes fueron donadas por la alcaldía local, gracias a la financiación del Fondo de Desarrollo Local de Usme. A la fecha, cerca de un 30% de las casas cuentan ya con el servicio de acueducto y el resto se encuentra en proceso de instalación. Esta situación contrasta con lo que se vivió a comienzos de la década pasada, cuando la

13. Testimonio del fontanero Luis A. Peña.

14. Ibidem.

15. Ibidem.



"gente se agarraba a palo", las epidemias eran frecuentes, las alergias constantes. "Hoy, donde no hay agua potable, cunden los problemas sociales", como está sucediendo en la iglesia Montes de Galilea, en El Bosque, donde varios dirigentes se enterraron para denunciar la ausencia del servicio, hecho que se convirtió en noticia mundial.

En conclusión, como resultado del trabajo que se ha hecho con los pobladores de Usme, se puede constatar los efectos que genera la introducción del servicio de acueducto domiciliario y la superación de la precariedad que significa la ausencia del mismo y el abastecimiento de aguas no tratadas: tensiones sociales, demanda de inversión de grandes cantidades de tiempo para suplir estas ausencias, los costos sociales representados en

enfermedades gastrointestinales y la violencia cotidiana que genera la competencia por abastecerse de agua. Lo que ha vivido la ciudad en toda su historia, y que empezó a ser superado desde 1938 con la puesta en servicio de la planta de Vitelma, se encuentra hoy en día en la frontera urbana de Usme.

El entrecruzamiento de las condiciones de urbanización ilegal, denominado pirata, ha marcado profundamente esta historia. Pero los pobladores luchan contra esto, y siempre buscan la legalización, condición indispensable para acceder a la presencia del Estado. Pese a las adversidades políticas, económicas, culturales y sociales, el esfuerzo, de manera permanente, es el de la construcción de la red social como precondition para superar la marginalidad urbana y lograr la inclusión social.



II. El barrio La Fiscala¹⁶

El terreno del barrio hoy conocido como La Fiscala era una finca, de propiedad de las hermanas Zapata, de Bogotá, el cual hacía parte del municipio de Usme. En 1952, dichas hermanas vendieron el terreno en parcelas. Así se constituyó la parcelación denominada "La Fiscala". En 1959 llegaron a vivir las primeras familias de apellido Ospina, Vásquez, Olaya, Gómez, Garzón, Torres, Galindo y Cobos, que venían de diferentes partes del país, como Santander y Boyacá. Posteriormente y en forma paulatina, fueron llegando más familias, poblándose la parcelación incluso de gente que venía de otros barrios de Bogotá. En esta época no se gozaba de ningún servicio público.

Durante los primeros años de formación de La Fiscala, los habitantes extraían el agua de aljibes, alumbraban con velas y cocinaban con leña. Además, no había servicio de transporte hasta el barrio. Había que caminar seis cuadras hasta la Caracas para coger el bus. La gente que fue llegando desde los años sesenta, ha construido sus casas hacia la montaña, al oriente. Las casas que se ven arriba en el filo de las lomas al fondo, son los últimos que han llegado y que hacen parte del barrio. Para llegar hasta allá hay que caminar media hora, por lo menos, desde donde los deja el bus.

Por aquí también había chircales, la tierra es rica en hierro y eso ayuda a fundir los ladrillos. Varias familias vivían del trabajo con el barro. Con el burro amarrado dando vueltas en redondo se pisaba la primera tierra revuelta con agua. Luego eso era pisoteado por varias familias y con esa masa se hacían los ladrillos a mano. La competencia con las ladrilleras que se fueron instalando en este sector acabó con el trabajo artesanal de la fabricación del ladrillo. Las mujeres eran las encargadas de darle forma a los ladrillos y los hombres hacían las hornadas y preparaban el barro para que el burro lo pisara.

En 1965 se organizó la primera junta de acción comunal. Durante su primer período se gestionó y se logró la construcción de la escuela "La Fiscala Alta", en un terreno donado por el señor Carlos Vásquez, quien fue uno de los primeros habitantes del barrio. Además, se logró que la Empresa de Energía Eléctrica prolongara la red de la luz a la parcelación, por la entrada principal, obteniéndose así el servicio en 1967. El servicio era muy deficiente; alumbraba más una vela que un bombillo y si se conectaba la plancha automáticamente se apagaba el bombillo.

En este mismo año, llegó el señor Alejandro Sánchez, funcionario de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá, a fin de indicar la forma de adquirir el servicio del agua para el barrio. Habló con los señores vecinos del barrio, Alcides Vásquez, Rosendo Galindo, Humberto Plazas y Silvino Gil, ya fallecidos. En dicha reunión se les informó que podían conectarse al tubo madre que traía el agua de los tanques de Vitelma para llevar agua hasta el barrio por medio de pilas.

En 1968, se nombró la segunda junta de acción comunal. Durante su período de gestión y con el trabajo, apoyo y colaboración de la comunidad, se construyeron diez pilas, distribuidas así: tres en el sector norte, tres en el sector centro, dos en el sector Escuela Alta y dos en el sector Quebrada Seca. Algunas casas tenían derecho a conectarse directamente de la pila. Otras no. Los que tenían conexión eran los dueños de las mangueras y a ellos se les podía comprar el derecho al agua conectando una manguera a la suya. Cuando la gente ya estaba cansada de cargar agua podía recurrir a esta compra del derecho; de lo contrario, había que hacer cola varias horas para recoger el agua, pues cada pila tenía dos llaves y siempre había mangueras conectadas antes que uno llegara.

Posteriormente y por gestiones de la junta, se logró el cambio de "parcelación" a "barrio". En 1972 se obtuvo el reconocimiento del barrio en

16. Este texto se elaboró a partir de las siguientes fuentes:
- Escrito titulado "Historia del barrio La Fiscala", de autoría de Ruth Aguilar e Inés López, elaborado en el marco de los talleres adelantados en este sector.
- Entrevista con el líder comunal del barrio La Fiscala, Braulio Acevedo, realizada el 3 de mayo de 2002.
Testimonios y opiniones de los participantes de los talleres realizados en el barrio La Fiscala.



el Departamento Administrativo de Acción Comunal Distrital - DAACD, por lo cual expidieron la personería jurídica N° 1305 del 20 de septiembre de 1972, debido a las gestiones de la junta de acción comunal de esa época. A partir de esa fecha, el trabajo comunitario se hacía directamente con el Departamento de Acción Comunal. Para darle más peso a la gestión comunal, se solicitó a la ladrillera Santa Fe la donación de un terreno para la construcción del salón comunal, junta que fue aprobada el 8 de diciembre de 1972.

En este mismo año, la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá inició los trabajos de redes, acometidas y legalización del servicio. Sin embargo, antes de aproximarse esta entidad al barrio, ya se contaba con alcantarillado de aguas negras hecho por los habitantes mediante trabajo comunitario; es decir, con mano de obra y materiales puestos por la gente. Para hacer la obra, el barrio contaba con personas que habían trabajado en acueductos rurales en distintos pueblos, ellos transmitieron el conocimiento. En 1975, la Empresa de Energía Eléctrica comenzó a cobrar el servicio, para lo cual instaló un medidor que marcaba los Kwh. que consumían todos los usuarios, ya que no existían los medidores domiciliarios. Los cobros aproximados eran de \$ 17.000 bimestrales para cada usuario.

En 1976, los habitantes cocinaban todavía con leña; por lo nocivo de este método, la señora Gloria Vásquez, habitante del barrio, gestionó y logró el primer expendio de gasolina, por medio de Ecopetrol. Este servicio se prestó durante diez años. A finales de 1986, la junta de acción comunal eligió el primer comité del cocinol, saliendo nombrada la señora Bertha de Medina como coordinadora. El comité de cocinol efectuó un censo de familias, a fin de presentarlo a Ecopetrol para solicitarle la venta de gasolina en bidones, la cual fue aprobada. Ecopetrol, con base en el censo, expidió los carnés de usuarios del cocinol. Las ventas se efectuaban cada quince días; los carros de Colgás se ubicaban en

la plazoleta del barrio y los funcionarios exigían la presentación del carné, para la venta de la gasolina.

A principios de 1982, se inauguró la primera ruta de transporte. Por gestiones de la junta de acción comunal, se logró que la empresa Expreso Imperial, prestara el servicio. En el mes de julio de 1982 se terminó la obra del salón comunal y se inauguró el 8 de diciembre de 1982, siendo presidente, Marcelino Alonso; vicepresidente, Jorge Enrique Cobos; tesorero, Vicente Manrique, y el fiscal, José Martínez. Los coordinadores de dicha obra fueron: Humberto Plazas, Rosendo Galindo, Manuel Vásquez, Silvino Gil y la secretaria de la junta, Inés Galindo. El salón comunal se construyó con el apoyo y la colaboración de la comunidad.

En 1983 se inició la construcción del colegio con el aporte, apoyo y colaboración de la comunidad. No se pudo terminar por falta de recursos económicos, razón por la cual se tramitó el traspaso a la Secretaría de Educación, para que la terminara. Actualmente, el colegio lleva como nombre "C.E.D. Fabio Lozano Simonelli".

Por gestiones de las siguientes juntas de acción comunal, se logró la pavimentación de la vía principal de entrada al barrio, a través de la Secretaría de Obras Públicas. Su inauguración se llevó a cabo el 28 de agosto de 1986. A partir de 1987, se realizaron actividades con la colaboración de la comunidad y del padre Lucinio (párroco del barrio), para comprar un terreno para la construcción de la iglesia. Se compraron dos lotes en el barrio sector lotes 16 y 16ª y el urbanizador, Alonso Rodríguez, donó dos lotes para la construcción de la iglesia y la casa cural. La obra se inició con el aporte, apoyo y colaboración de la comunidad y de todo el gremio de los propietarios de las ladrilleras del barrio. La obra fue dirigida por el padre Lucinio, hasta dejarla con las paredes a nivel de teja.

En 1990, la Empresa de Teléfonos de Bogotá inició los trabajos de instalación de postes para



extender las redes para el servicio privado o domiciliario, ya que únicamente se gozaba del servicio de teléfonos públicos, instalados en cinco tiendas de los diferentes sectores del barrio. El 12 de marzo de 1997, por gestiones del consejo comunal, la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá vendió tanques domiciliarios para el almacenamiento de agua con capacidad de 500 litros, de forma cónica o cilíndrica, los cuáles incluían tapa, juego de conexiones, válvula y flotador (bola plástica). La medida trataba de contener la creciente demanda de agua en el sector mediante el ahorro del líquido disponible.

La mayoría de las urbanizaciones de este sector han sido piratas, es decir, que no han tenido ninguna planificación. La falta de servicios es el principal problema del barrio pirata, aunque progresivamente cada barrio va llevando su proceso de normalización. No quiere decir esto que el urbanizador necesariamente haya tumbado al que le compró. Precisamente, el barrio es pirata porque sus lotes se venden por fuera de los perímetros de prestación de servicios. A veces el urbanizador saca provecho económico de sus clientes, cuando promete la consecución de servicios como parte del lote en venta. Entonces, vienen, venden la tierra, cogen la plata y se van. En esa práctica el Estado tiene mucha influencia, porque la responsabilidad en la creación de urbanizaciones piratas no es sólo del habitante que tiene necesidades previas a la lógica estatal. Es como una cadena de responsabilidades. El problema que actualmente tienen un buen número de casas de este sector, es la falta de escritura pública de los predios.

Respecto al agua, durante toda la historia del barrio, existen sectores ya legalizados, con casas y nuevos barrios sin legalización de sus servicios de acueducto y de alcantarillado. Hoy en día, los que tienen el servicio legalizado pueden presionar al que lo tiene pirateado, porque sienten que están pagando cada mes - pues quíeránlo o no, les llega la factura sin falta - lo que el otro está consumiendo de manera



Vista panorámica de Usme
(Fotografía: Camilo Santamaría)

irregular. Puede que éste sea visto como si estuviera de gorra en el barrio, aunque realmente no lo esté. Por otro lado, se ha dado el caso de personas que luego de normalizado y legalizado su servicio de acueducto domiciliario, consideran que las facturas no corresponden a lo que han consumido y marcado los medidores; no las pagan, hasta el punto que les cortan el agua y pierden su medidor, porque los funcionarios de la empresa retiran el medidor de la acometida. Por tanto, estas personas vuelven al servicio pirata porque les sale más barato, así no sea el más seguro.

No es difícil de entender las razones que tiene la gente para sacar el agua de los tubos madre cuando la misma Empresa de Acueducto le ha cobrado a los habitantes el trabajo hecho por la comunidad. Así fue cuando dieron el visto bueno al sistema de acueducto de aguas negras construido con recursos propios y con la mano de obra de los mismos vecinos del barrio. La legalización del servicio de alcantarillado significó para la gente pagar otra vez por el sistema que ellos mismos habían hecho. Las empresas a veces se encargan, así, de crear la desconfianza que hacia ellas expresa la comunidad. Muchos de los servicios que se supone permiten la legalización de los barrios, han sido conseguidos por los mismos habitantes, y eso no lo reconocen las empresas. No puede ser que las empresas de servicios consideren que el barrio se formaliza y arranca

de cero en el momento en que se incorpora a las redes legales de servicios, pagando por su conexión, sin tener en cuenta los esfuerzos de los habitantes por levantarlo y mantenerlo durante años. Eso no quiere decir que no sea buena y lógica la instalación domiciliaria de agua potable y de los demás servicios por la vía formal; de hecho, eso permite que la gente cree nuevas formas de conciencia y de convivencia. Cambia la conciencia cuando el ahorro en el gasto de agua empuja a los vecinos a recoger el agua lluvia para su uso doméstico.

A lo mejor a algunos se les facilita la vida con la normalización de los servicios en la medida que los servicios son seguros y no hay que estar remendando los cordones de contrabando de luz como hace cuatro años mientras se expone la vida, ni hay que andar haciendo colas ni atendiendo las roturas de las mangueras y tubos que traían el agua. De todas maneras, como el

Estado invierte en la legalización del barrio, pues cobra, mejor dicho, el progreso cuesta plata y por eso hay gente que no quiere más cambios en el barrio, así toque estar atentos a que no se reviente ningún tubo ni se caiga ningún puente construido por el mismo Estado.

Lo que pasa es que cambian los problemas; hoy, lo más necesario para algunos, es la pavimentación de las vías o que se mejore la seguridad, aunque para otros el barrio ya no necesita cambios. El gobierno debería negociar las necesidades de las comunidades y no debería aprovecharse de las luchas y sacrificios que libran los habitantes para formar sus barrios. Para entender el problema detrás del robo de servicios, es necesario interrogar por la falta de veeduría por parte de las empresas públicas, para atender los puntos donde se hacen estos robos y entender sus necesidades como parte de una cadena.



III. El barrio Los Comuneros¹⁷

Este barrio se formó en el mes de julio de 1981, cuando el sacerdote Saturnino Sepúlveda, líder de comunidad, vino con la idea de organizar a la gente destechada. Inició su labor al darnos una capacitación sobre liderazgo comunal y manejo cooperativo; dictó conferencias sobre el cooperativismo, contabilidad, sobre derechos civiles y nos enseñó a tramitar las diligencias con entidades del Estado. Así iniciamos un proceso de tres meses de capacitación que nos llevaría a la conformación de la Empresa Comunitaria Los Comuneros.

La primera etapa del barrio Los Comuneros fue entregada el 18 de octubre de 1981 y de allí se inició un proceso, ya que este terreno, entonces de 1.600 m² fue comprado con los aportes de \$ 30.000 que dio cada miembro de las primeras 125 familias que habitó el barrio, y con los cuales nos permitieron hacernos socios de una sociedad cooperativa. Allí tuvimos un gran depósito de materiales, manejado por nosotros mismos a muy bajos costos; aparte de eso, tuvimos una gran empresa en la que contábamos con un bulldózer Caterpillar y también tuvimos una volqueta. Todos estos elementos fueron desapareciendo por obra y magia del Espíritu Santo, nadie sabe dónde está el dinero. El padre Saturnino Sepúlveda era para nosotros un ideólogo que representaba al "Movimiento Revolucionario del Pueblo"; era un movimiento político que difundía el proyecto de creación de barrios haciendo publicidad, por radio, con la ayuda de emisoras como Melodía, Continental y Radio Santa Fe. Ellos nos hicieron la publicidad gratis y por intermedio de los amigos y conocidos divulgamos el proyecto de poblar este terreno. Todo lote era de 6 por 12, vino gente que quería 8 metros, 10 metros pero nada de eso, todos íbamos por igual. La entrega de lotes se hizo por sorteo realizado el 12 de octubre, en la oficina de la carrera 12 con calle 15, allí funcionaba la oficina del padre Saturnino. Unos arquitectos e ingenieros amigos del padre hicieron los planos y trajeron las cotas desde el

barrio Juan Rey. Bajo el mismo parámetro se hicieron nueve barrios más en distintos sectores de la ciudad y del país; la parte de arriba de Juan José Rondón el Quintín Lame en Girardot, Manuela Beltrán, el Alto Candelaria y otros, fueron fundados con el mismo modelo de organización comunitaria dirigida por el padre.

Estas tierras antes de ser urbanizadas eran sembrados, aquí era una finca de los Arévalo, y los cultivos eran de papa, fríjol, sembraban arveja, haba, etc. En el terreno en que estamos conversando en este momento, yo alcancé a comer papa de la que estaba sembrada acá, de mi propio lote recogí una arroba, y ahorita en donde se encuentra el paradero de Los Comuneros, todo estaba sembrado de arveja y haba; la parte de arriba donde queda la casa del jardín infantil, era trigo y cebolla.

El trabajo para levantar las casas era básicamente de autoconstrucción. Las casas más finas que había en 1981, en el 82 e incluso en el 83 eran las prefabricadas. A mí particularmente me ayudó mi suegro, porque con él salía más barato hacer la obra. Yo conté en un principio con casa prefabricada, que hemos venido ampliando poco a poco. Pudimos así construir el segundo piso y varios cuartos. Cuando llegamos había gente de todos los departamentos de Colombia, había paisas, pastusos, santandereanos, boyacenses, que son los más abundantes, choconos, costeños, caldenses, del Caquetá que soy yo, del Tolima, de Cundinamarca. Cuando llegamos aquí, teníamos que caminar desde abajo desde la altura del CAI de Yomasa. Todo lo traíamos al hombro, cualquier paquete que trajéramos, la comida, todo era al hombro, no había transporte, no había nada, nos gastábamos media hora, 45 minutos subiendo, de acuerdo al paquete que se trajera.

Aquí, al pie de una quebradita cuyo nombre no recuerdo, nosotros tomábamos el agua en una hondonada que hay antes de llegar al paradero de Los Comuneros, donde ahora se ve que pasa

17. Testimonio de Luis Orlando Sánchez.

un poco de agua negra. Ahí el agua era cristalina; el yacimiento quedaba unos doscientos metros arriba desde donde está la carretera. Lo primero que parece haber hecho el urbanizador pirata Guerrero Estrada, fue decirle a la gente que le compró lotes, que votaran las aguas negras en la quebrada, ese fue el beneficio que hizo el urbanizador Estrada para el sector.

Recién formada la Empresa Comunitaria de Los Comuneros, cuando apenas empezaba el barrio en los años 81 y 82, lo más urgente eran los servicios. Temíamos por los niños, hoy jóvenes universitarios y algunos ya casados, pues no podían vivir en un lugar con aguas negras, en el que pululaban enfermedades. Lo primero que adelantamos fue lo del agua con la colaboración de toda la comunidad, cuando apenas habían unas 30 casas. Al comprar el terreno para construir el barrio, tomamos el servicio de agua por una ventija de un tubo madre que viene de La Regadera, es decir, de una perforación hecha anteriormente por un señor sargento retirado de la policía. Este señor era habitante de la vereda El Bosque Sur, que es hacia arriba metiéndose en la montaña. De aquí hasta el actual barrio El Bosque era zona veredal y sus habitantes sacaban agua pero de aljibes. El hecho es que nosotros necesitábamos agua y ese señor no quería compartir la conexión con nosotros; sólo un terreno vecino al del sargento, propiedad del difunto Álvaro Gómez Hurtado tenía agua.

Ante esta situación, los de las veredas se unieron con nosotros para trabajar y así éramos los del barrio y los de la vereda, alcanzamos a completar casi mil personas. Cada uno de los habitantes llamaba a tres personas y en cuatro jornadas de trabajo, o sea, en cuatro domingos hicimos la excavación y la sentada de los tubos hasta una pila instalada en un punto por donde actualmente pasa la avenida al Llano. Nosotros construimos esa pila y desde allí se transportaba agua para todos los habitantes. Una anécdota: la noche en que fuimos a hacer la instalación, el sargento retirado dijo que iba a matar a todas las

personas que estaban allá metidos en el hueco, y yo le dije:

- Si quiere isáquenos! Amagó sacar el revólver, pero afortunadamente yo me adelanté y le hice un disparo a los pies. Me dijo:

- Si tiene tanto calibre y se siente tan berraco, arreglemos. Mis compañeros se quedaron trabajando y me fui con él como una hora a tomar cerveza. A partir de esa noche no necesitábamos permiso de nadie para tomar el agua.

Al día siguiente, cuando el padre Saturnino llegó, abrimos el registro como acto de celebración. Fue una jugada muy bonita porque el trabajo se hizo en forma comunitaria, no se veía envidia ni se veía nada raro, sólo se veía el sentido comunitario. Más adelante, el padre Saturnino nos dio la plata que había sobrado de la compra del terreno, entonces hicimos dos pilas más y de ahí se seguía aprovisionando la gente mientras iban llegando más habitantes. Cogían su balde y sus canecas y recogían el agua directamente de la pila. Sin embargo, en el período de las pilas se presentaron muchos problemas. Se formaron muchas peleas por el agua, por el turno y la cantidad, por lo cual decidimos cambiar el sistema y hacer la instalación en cada una de las casas. Con eso se evitarían los conflictos. Hasta el día de hoy ha funcionado el acueducto que nosotros mismos construimos, a pesar de no haber contado con una planeación inicial.

Para el sistema domiciliario que construimos, fue necesario instalar registros en la mitad de la cuadra para surtir el agua a la parte más alta del barrio; en esas circunstancias, los de la parte de abajo del sector sólo podíamos tomar agua en las horas de la mañana y por las horas de la tarde tomaban agua las partes altas del sector. Pero también hubo problemas con esos mecanismos, entonces dijimos: vamos a perforar el tubo para conseguir más presión y agua para todos. Y así fue, primero se montó el galápago y después se le puso su registro, conseguimos una persona del acueducto, un habitante de aquí del barrio



que trabajaba en la Empresa del Acueducto haciendo perforaciones. Nos hizo la perforación y se le pagó. Entonces, ya hubo mayor caudal y quitamos los registros de la calle. Nuestro acueducto fue construido por los ingenieros que hicieron el plano y por la comunidad que contaba con sus líderes. La obra de la luz también fue dirigida por ingenieros.

Toda esta obra se hizo inicialmente con tubos de tres pulgadas. A medida que fue creciendo el barrio, cuando llegó la segunda, la tercera y la cuarta etapa, y se fueron ampliando las comunicaciones de la comunidad, se optó por dividir el barrio en sectores que identificamos como etapas. La primera etapa es por los lados de la iglesia, por la calle 95 sur, desde la carrera cuarta G y de la carrera cuarta F hasta la carrera quinta, todo el sector de la calle 95 sur y calle 91 sur, las cinco primeras manzanas del barrio; la segunda etapa es de la calle 95 sur a la calle 96 sur con las mismas carreras, y la cuarta etapa es de la 96 sur a la 98 sur, pero ya con las carreras cuarta F y la carrera cuarta H.

Esta subdivisión nos llevó a utilizar otro sistema adicional para el manejo del agua, el de manguera aérea, que permite ganar un poco más de presión, que se estaba perdiendo con la tubería de gres y con el poblamiento del barrio. A medida que llegaba la gente, cada vez se hacía más frecuente tener que desenterrar mangueras y trasladarlas para otros lados. Con ese movimiento se rompía, perdíamos material y agua. El sistema aéreo que construimos posteriormente para arreglar la situación, fue hecho por encima de la carretera y nos ha dado bastantes resultados; se ven feas las mangueras por la calle principal, pero tenemos buena presión. Ahora tenemos un buen servicio de agua y aproximadamente en 20 días, a más a tardar un mes, se inician los trabajos con la empresa de acueducto para lograr el agua potable, ya tenemos el contratista, ya está todo listo para iniciar el trabajo.

Las vías que se ven actualmente fueron construidas en un principio por nosotros mismos. La primera vía que abrimos fue la principal, es la que limita con el montallantas que queda en la esquina de la carretera al Llano; la hicimos a pica y pala para que entraran los camioneros. Llamamos carretera a la calle principal, puesto que allí están los primeros que empezaron a hacer negocios en el barrio. Cuando teníamos el bulldózer, la ampliamos para darle entrada a los buses. El primer sistema de transporte con lo cual contamos fue un servicio colectivo, que funcionaba como servicio periférico, pues cubría sólo el sector de abajo del barrio Tenerife. La primera empresa que llegó hasta donde actualmente queda el centro de desarrollo comunitario Julio César Sánchez, fue Expreso Imperial, que era en ese entonces una empresa pirata así como lo era Cootransabastos. Los primeros buses urbanos que transitaban por aquí eran de la Empresa Sidautos y nos tocaba cogerlos en la parte de abajo del barrio, pasaban cada veinte minutos o media hora. Hoy tenemos buses de transporte para cualquier lado de la ciudad y un paradero de los alimentadores del Transmilenio cubre este barrio.

La energía fue fácil de obtener, pues cuando nosotros llegamos acá en el año 81, vimos que cerca de la carretera pasaban los postes de la luz. Yo personalmente me subí al poste, conecté los cables y puse luz en mi casa. No pasamos navidad sin corriente. De allí pasé energía eléctrica a los otros que estaban viviendo acá, que eran unas pocas familias. Más adelante compramos postes de madera, herrajes y los tacos para conectar los transformadores. Así se hizo la instalación para volver la alta tensión, baja. Se compraron seis transformadores en el 82. Para el jueves santo del año 82, ya teníamos todo listo para decir que teníamos nuestra instalación domiciliaria, no había, ni queríamos más alambritos colgando por cualquier lado. La noche del jueves santo fuimos al frente del puente peatonal del barrio Marichuela. Ahí quedaba el poste donde se bajaban las cañuelas que podían quitar o activar el servicio energético hasta el Sumapaz y el pueblo de Usme.



Subimos al poste a las once de la noche y bajamos las cañuelas; entre tanto ya teníamos un poste para subirnos e instalar la energía para todos los del barrio que la necesitábamos, se hizo la conexión de altas y de bajas. Para hacerlo contamos con seis agentes de la policía que vivían en el barrio, ellos nos protegían esa noche. Hacia las dos de la mañana llegó un carro blanco, era de los del Movimiento Revolucionario del 19 de Abril que venían a apoyarnos, venían armados con metralletas. Ellos habían sabido de lo que nosotros estábamos haciendo, del progreso y toda esa cuestión y venían a colaborarnos. Para iluminar a los que estaban en los postes trabajando llevamos una camioneta tanqueada de gasolina que prendiera las luces para iluminar a los que hacían la obra.

Para tomarnos el agua y la energía hicimos un proceso de disciplina continua. Fuimos a hablar con el señor gerente de la Empresa de Acueducto y le hicimos el comentario de nuestra necesidad de agua y del proyecto que teníamos; nosotros le llevamos el plan y eso no estaba dentro de la cota sanitaria, pero que los servicios son del pueblo, los servicios son para que los utilice el pueblo. De igual manera nos respondió el señor gerente de la Empresa de la Energía, a lo cual nosotros le dijimos:

-Señor, muchas gracias, tenemos en cuenta sus palabras. Cuando el señor gerente de la Empresa de Energía mandó retirar las cañuelas que nosotros habíamos instalado para dejarnos sin corriente, le dijimos al operario que esperara un momento. Teníamos grabada la voz de su jefe el gerente, ¿sí es la voz? ¡Ah! bueno, entonces si quiere salir bueno de aquí, y si quiere llevar el carro en buen estado váyase hermano, y dígame lo que usted escuchó al gerente. Así utilizamos sus propias palabras.

El servicio de teléfono lo tuvimos dos años después de asentados en este terreno, en ese entonces logramos adquirir los teléfonos comunitarios que funcionaban por altoparlante y se encontraban instalados en algunas casas del

barrio. Llegaba la llamada y recibía uno el aviso por altoparlante, entonces se pagaba tanta plata por la contestada. Posteriormente nos instalaron el servicio telefónico domiciliario por medio de la Empresa de Teléfonos.

* * *

Las diferencias entre los sistemas de acueducto comunitario y el sistema de la Empresa son varias: para construir el nuestro hace veinte años, cada habitante se comprometió a traer de a tres personas. Entre los dos frentes, la vereda y nosotros llegamos a completar mil personas, todos teníamos que trabajar para hacer los seis metros de profundidad necesarios para un buen acueducto. Eso fue rápido, lo hicimos en seis meses. Seis meses para los seis metros de largo por 1,85 o 1,90 de profundidad, y más de quinientos metros de extensión. En cambio, la Empresa de Acueducto se demora, con maquinaria, un año. Tuvimos acueducto al año de haber llegado al barrio y tenemos alcantarillado instalado por la Empresa a los veintinueve años. Otra diferencia es que gracias al sistema que aún funciona, el construido por la comunidad, podemos decir que somos los únicos del sector con acueducto de energía solar, porque la manguera se calienta y el agua viene tibiecita. De todas maneras el agua que vamos a recibir con la obra de la Empresa es potable, a nosotros nos aprovisionaron de agua proveniente del tanque Piedra Herrada que queda subiendo por la avenida al Llano a 800 metros, y provee los otros barrios nuevos.

* * *

El proceso de legalización del barrio ha avanzado sobre todo desde el año 91, cuando inició el desenglobe de los lotes, ya que éstos conformaban un mismo terreno. No todos tienen la escritura, de hecho apenas sesenta de casi quinientos propietarios tienen este papel. A otros los han estafado en ese procedimiento y les han tumbado la plata que cuestan las escrituras. Otra gente ha ido despoblando el barrio, de los que llegamos en 1981 apenas queda el 5% de los habitantes. La mayoría de



gente se ha ido y otros han llegado a arrendar y eso representa un problema comunitario. El otro problema es el deterioro de los entes legales de acción comunitaria, que han dejado que algunos problemas nos cojan ventaja y no se vea el progreso.

De la Empresa Comunitaria Los Comuneros creada en 1981, surgió la figura de la Asociación Los Comuneros que actualmente sigue funcionando, pero que no tiene ningún funcionamiento como entidad porque fue

desplazada por la junta y dejó de representar intereses comunitarios. A los siete años de fundado el barrio, creo que en 1988, surgió la junta de acción comunal, que infortunadamente dividió a los habitantes por las inclinaciones políticas que han llevado a cometer abusos. El principal problema hoy es que en el barrio viven muchachos con cuestión de ladronismo, alguna gente que ha llegado al barrio han traído vicios y esto ha afectado negativamente en la falta de progreso del barrio.

